

# REVISTA COSTARRICENSE

Año VI

7 de Febrero de 1937

No. 275

HCR  
056  
R454-rc



¡Madre, la más excelsa de todas las Madres!  
¡La Santísima Virgen, Madre de Dios!

# ¿Soñadora?

¿Que si soy soñadora?  
¡Ya lo creo que lo soy!  
Me gustan los colores de la aurora  
y mi lira canta o mi lira llora,  
donde quiera que estoy.

Con viva fuerza siento  
latir dentro del pecho el sentimiento  
que se llama tal vez Inspiración,  
porque ella al descender hasta mi mente,  
se inclina y con sus alas, insistente,  
me toca el corazón.

Yo amo la poesía,  
en la oscura noche, y en el claro día,  
cuando reina sigilosa la calma,  
y cuando semejante a las del alma

ruge la tempestad.  
¡La amo! Y no es quimera mi fantasía...  
¡es que la mente mía  
vive un ansia sublime de Verdad!

Es que el mundo me parece mezquino,  
es que busco lo grande, lo divino;  
siento anhelos de palpar la belleza,  
y la busco en la estrella que fulgura,  
y la busco en la gota de amargura  
que derrama en sus noches la tristeza.

¿Que si soy soñadora?  
¡Ya lo creo que lo soy!  
Yo admiro los colores de la aurora,  
y siento el eco de un ave cantora  
dondequiera que voy...

CLARA MORERA LUIS



**REVISTA COSTARRICENSE**

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI  
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 7 de Febrero 1937

Suscripción mensual

— de —  
cuatro números:

¢ 1.00

DIRECTORA:  
Sara Casal vda. de Quirós  
Apartado 1239  
Teléfono 3707OFICINA: mi casa de habitación  
BARRIO: Estación del Atlántico  
Avenida 1a. — Calles 27-29

# Sobre el Santo Sacrificio de la Misa

Varias personas nos han suplicado que escribamos sobre el Santo Sacrificio de la Misa. Nos han dicho: no comprendemos lo que pasa, será ignorancia religiosa o falta de fé, pero mucho nos impresiona que algunas personas parece que ignoran lo que es el Santo Sacrificio de la Misa, así lo demuestra su conducta.

Crean cumplir con el deber de oír misa, asistiendo a la iglesia, sin orar, sin un libro en la mano, con las manos cruzadas por detrás, viendo el altar, pero sin orar. Muchas personas llegan después del Evangelio, otras salen sin concluir el Santo Sacrificio, con una precisa inmensa, sin rezar las Ave-Marías y oraciones con que la Iglesia desea que termine el más augusto sacrificio. Y hasta hay personas que salen de la Iglesia apenas terminada la Elevación.

Pero el colmo es oír la misa del atrio de nuestra Catedral, viendo al que pasa, saludándolo, observando a las niñas que pasean en el Parque.

Muchas veces nos ha impresionado ver a caballeros que se quedan de pie cuando el sacerdote alza la Santa Hostia para que la adoremos y reverenciemos; si no se tiene fé, lo mejor es no asistir a las ceremonias religiosas.

Mucho placer nos causó la misa de media noche del 24 de diciembre en la Capilla de Nuestra Señora de Sión. Aquello nos pareció un rincón del cielo, qué devoción!, se podía oír el vuelo de una mosca, tal era el silencio y recogimiento de los asistentes. Todo era solemne, los cánticos, el órgano, todo contribuía a elevar el alma a Dios. La Capilla brillantemente iluminada, el altar mayor adornado con flores doradas y bellísimas rosas. Y la Santísima Virgen en su

altar, parecía presidir desde lo alto el más augusto sacrificio a que los humanos podemos asistir.

En Costa Rica se es devoto de corazón y debemos procurar serlo de tal manera que no demos motivo a ninguna crítica.

La corrección exige estar en el templo en silencio completo, no volverse a mirar a nadie, no conversar ni en secreto con nuestras compañeras, y pensar que asistimos al sacrificio de la Cruz, pues en el Altar es el mismo Nuestro Señor Jesucristo el que oficia, así lo dejó instituido El mismo. En la santa Misa debemos seguir a Nuestro Señor en su dolorosa Pasión, como si estuviéramos en el camino del Calvario, como si acompañásemos a Jesús con la Cruz a cuestas, coronado de espinas, habiendo sido azotado cruelmente, con la mirada triste y profunda, con sus ojos llenos de sangre y lágrimas que ruedan despaciosas sobre su venerable rostro. Si hubiéramos asistido al Sacrificio de la Cruz, hubiéramos ido tristes, con el corazón hecho pedazos de dolor al contemplar a nuestro Dios humillado, injuriado, tratado como a un criminal, sufriendo lo indecible por nuestro amor, por redimirnos del pecado; nuestro dolor ante el dolor de Jesús y de María hubiera sido intenso, silencioso, y solo las lágrimas hubieran sido la única expresión que saliera del interior de nuestros corazones. No hubiéramos conversado con nadie, los grandes dolores son silenciosos.... Y en el momento de la crucifixión, en el momento que sus Llagas divinas fueron abiertas con los terribles clavos, nuestro corazón se hubiera estrujado de dolor y más al mirar a la Santísima Virgen asis-

tiendo a la crucifixión de Nuestro Señor. Cómo hubiéramos estado de recogidos durante las tres horas de su agonía!.... cómo hubiéramos sufrido hasta verlo exhalar el último suspiro! cuánto dolor en nuestros corazones.... bien, pues eso mismo se rememora en el altar y en el momento de alzar, nuestro Señor muere en la Cruz y es el momento más precioso para pedir gracias, para adorar el cuerpo y Sangre de Nuestro Señor crucificado por nuestro amor. Es un momento solemnísimamente, momento en que el mismo Dios baja al Altar para continuar con nosotros hasta el fin del mundo. Es el Sacrificio más grande, el de más valor ante Dios, pues es Dios mismo que se sacrifica por nosotros en el altar... Misterio insondable... Misterio de amor de un Dios que ama a sus hijos como el más amoroso de los padres.

No hay nada más grande, ni de más méritos que la Santa Misa; si asistimos a ella con fé y devoción recibiremos gracias infinitas y es uno de los medios más grandes para nuestra santificación.

Es por ello que nos duele que se pierdan tantas gracias cuando asisten por asistir, por cumplir con el deber de oír misa, pero sin identificarse con los misterios que se verifican en el altar.

Y el momento de la Santa Comunión del sacerdote es cuando las almas deben prepararse para recibir en su corazón a Jesús, en ese momento nuestros corazones debieran ser como un Belén, llenos de gloria para recibir al Dios Santo, al Dios que nos ama tanto que su mayor delicia es morar en el corazón de sus hijos. Pero nosotros debemos prepararle un Belén en nuestro corazón muy puro, lleno de alegría y recibirlo amorosamente en nuestro corazón.... y los que no tienen la dicha de recibirlo que hagan comunión espiritual, que mediten en este gran misterio... y poco a poco sentirán la necesidad de recibir a Dios espiritualmente y lo harán para bien de sus almas.

Cada misa bien oída, bien meditada, es una grada más que nos acerca al cielo. Procuraremos oír todas las misas posibles y acumularemos gracias infinitas que nos alcanzarán perdón y misericordia ante el Supremo Juez. Una

sola Misa es de méritos tan infinitos que vale más que todas las acciones buenas, oraciones, sacrificios, ayunos, obras de caridad etc. etc., de todas las almas buenas reunidas y hechas durante todos los tiempos hasta el fin del mundo. Y es porque es Dios mismo el que se ofrece en este sacrificio del altar y los méritos de Nuestro Dios son infinitos y nada los puede igualar.

De gran importancia es seguir la misa en un devocionario, y seguirla con las mismas palabras que dice el sacerdote, identificarse con el oferente, inclinarse, hincarse, ponerse de pie cuando todos lo hacen, así resulta la ceremonia más imponente y dejamos comprender que estamos bien instruídos en religión.

La Misa es el resumen de nuestra Santa Religión, es el compendio más breve, pero de mayor valor.

Convirtámonos en apóstoles de la Santa Misa, instruyamos a los que no la saben seguir, prediquemos todo lo que podamos sobre su valor infinito; enseñémosla a los niños para que tengan veneración por ella.

Algunas personas acostumbran rezar durante la Misa el Santo Rosario, oraciones y novenas etc., eso no es oír misa. Rezar el Santo Rosario es una costumbre muy buena con la que alcanzamos grandes gracias, pero debemos rezarlo a su tiempo. Durante el Santo sacrificio de la Misa debemos unirnos al sacerdote y seguirlo en sus oraciones, y lo volvemos a repetir, lo único es leer en un buen devocionario las oraciones que dice el sacerdote.

Lo mejor que se puede ofrecer al Padre Celestial es oír misa con devoción y recibir la Santa Comunión.

Deseamos de todo corazón que estas breves explicaciones puedan servir de algo para que los que nos lean asistan a misa con mayor devoción de la que hasta ahora han tenido.

Si las mujeres cuidan tanto de su belleza, es porque los hombres sólo las aprecian por ella. La primera virtud, según las mujeres, es agradar, y para agradar a los hombres la belleza es un medio más infalible que la prudencia. Dufresny

## Por qué los católicos deben rechazar el bolcheviquismo

(Continuación)

obligadas casi, a renegar de su bautismo, de la tradicional piedad de las familias hacia la Santísima Virgen y hasta de los últimos vestigios del honor y del respeto, debidos al santuario doméstico. Además a fin de encontrar colaboración a Nuestros esfuerzos contra semejantes males, hemos instituido una Comisión especial para Rusia, cuya presidencia hemos confiado, como sabéis, a Nuestro querido Hijo, el Cardenal Luigi Sincero. También en las primeras semanas de Nuestro Pontificado, aprobamos y enriquecimos con indulgencias la oración jaculatoria: **Salvador del mundo, salvad a Rusia**, y nuevamente también en estos últimos meses, dos fórmulas de oraciones que encomiendan al pueblo ruso, a la protección de la dulce taumaturga de Lisieux, Santa Teresa del Niño Jesús. Además, hemos aprobado la iniciativa, tomada en el mes de noviembre último por Nuestro Instituto de estudios orientales, de organizar conferencias propiamente documentales y científicas, para hacer conocer al público algunos de los atentados sacrílegos que las Ligas de los sin Dios militantes cometen en el inmenso territorio soviético, dejando atrás y aún contradiciendo el texto, ya de suyo bastante antirreligioso, de la Constitución revolucionaria, y con placer hemos constatado que este ejemplo, salido de Roma, fué seguido un mes más tarde en Londres, París, Génova, Praga y otras ciudades en donde también tuvieron lugar conferencias o reuniones semejantes.

Pero la recrudescencia y la publicidad oficial de tantas blasfemias e impiedades, requieren una reparación más universal y más solemne. En la pasada Pascua, no solamente se han cerrado muchos centenares de iglesias, quemado innumerables íconos, obligado a trabajar a todos los obreros y a los alumnos de las escuelas, suprimiendo los domingos, sino que han llegado hasta obligar a los obreros de las fábricas, hombres y mujeres a firmar una declaración de apostasía formal y de odio contra Dios, bajo pena de ser privados de sus tarjetas de pan, de vestuario y

alojamiento, sin los cuales todo habitante de ese país, se ve reducido a morir de hambre, de miseria y de frío; además en todas las ciudades y en numerosas aldeas, se han organizado infames espectáculos de carnaval, como aquellos que los diplomáticos extranjeros han presenciado en el mismo Moscú, durante las últimas fiestas de Pascua: se veían pasar carros en que iban numerosos muchachos disfrazados con ornamentos sacerdotales, que hacían mofa de la cruz y escupían sobre ella; mientras que otros carros automóviles transportaban grandes árboles de Pascua en los que iban colgados del cuello, títeres que representaban obispos católicos y ortodoxos. En el centro de la ciudad, otros jóvenes libertinos se entregaban a toda clase de sacrilegios contra la cruz.

Queriendo, pues, hacer Nos mismo, en la mejor forma posible, un acto de reparación por todos esos atentados sacrílegos e invitar también a reparar a los fieles del universo entero, hemos resuelto, Señor Cardenal, ir el próximo 19 de marzo, día de San José, a Nuestra Basílica de San Pedro y celebrar allí sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, una misa de expiación, de propiciación y de reparación por tantas y tan criminales ofensas al divino Corazón de Jesús, por la salvación de tantas almas puestas a tan dura y tan penosa prueba, así como también por el alivio de Nuestro querido pueblo ruso, para que esta larga tribulación cese al fin y que pueblos e individuos, vuelvan lo más luego posible, al único rebaño del único Salvador y Libertador, Nuestro Señor Jesucristo.

Después de haber pedido a su Sagrado Corazón, perdón y compasión para las víctimas y para los mismos verdugos, invocaremos a la Santa Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, a su casto Esposo San José, patrón de la Iglesia Universal, a los protectores particulares de la Rusia: los Santos Angeles, San Juan Bautista, San Nicolás, San Basilio, San Juan Crisóstomo, Santos Cirilo y Metode, como también a tantos otros

Santos y en particular a Santa Teresa del Niño Jesús, a la cual especialmente hemos confiado el porvenir de estas almas.

Al invitaros, Señor Cardenal, a tomar las disposiciones oportunas para esa súplica solemne, tenemos confianza plena, en que no solamente el clero y el pueblo de Roma, sino también Nuestros Venerables Hermanos en el episcopado católico y todo el mundo cristiano, se unirán a Nuestras súplicas, ese mismo día u otro día de fiesta fijado con este fin.

Seguro que la divina Providencia preparará a hora conveniente y dará los medios necesarios para restaurar las ruinas morales y materiales de esas inmensas comarcas que forman la sexta parte del universo, perseveraremos con todo el fervor de Nuestra alma en esta plegaria de reparación y de propiciación, que atraerá como esperamos, la misericordia divina sobre el pueblo ruso.

Con esta esperanza os concedemos de todo corazón, a vos, Señor Cardenal, y a todos aquellos que a nosotros se unan en esta cruzada de oraciones, la Bendición Apostólica, prenda de los favores celestiales”.

Dada en Roma, cerca de San Pedro, el 2 de febrero, fiesta de la Purificación de la Virgen María, el año 1930, octavo de Nuestro Pontificado.

Pío XI Papa

A. A. S.” XXIII (1930) p. 89 ss.

## VI

### 30 de junio de 1930:

En su alocución “**Indictum ante**”. S. S. Pío XI decreta que las oraciones recitadas al final de la misa, al pie del altar, se digan por Rusia.

“Recordáis, sin duda, Venerables Hermanos, que habiendo pedido a los fieles que se unieran a las súplicas solemnes que Nos mismos presidimos en la basílica vaticana, el día del Patriarca San José, con motivo de la persecución religiosa en Rusia, vimos agruparse a Nuestro alrededor a una inmensa muchedumbre llena de piedad. Este ejemplo de los fieles de Roma y de todos los que en las otras iglesias se habían reunido para rogar por la misma causa, fué seguido de manera digna de elogios por casi todas las nacio-

nes. Nuestro llamado, como sabéis, fué escuchado por el universo entero, no sólo por los católicos, sino también por gran número de disidentes; en sus iglesias también, en una unión casi fraternal se elevaron igualmente oraciones; ellos querían también manifestarnos en público y en particular su gratitud.

Estamos seguros, de que la bondad del Dios misericordioso, no permitirá que sea estéril y vana esta inmensa cruzada de oraciones; es permitido esperar que a consecuencia de esto, serán abundantes los frutos, aunque durante algún tiempo, los enemigos del nombre y del culto de Dios, persigan más violentamente todavía a la Iglesia en esas mismas regiones. Que se persista, pues, en la oración a Cristo Redentor del género humano, para que se digne al fin, devolver a los fieles perseguidos de la Rusia, la paz y la libre profesión de su fe. Para que todos, sin trabajo y sin molestia, puedan continuar sus súplicas, decidimos que las oraciones de después de la Misa, recitadas por el sacerdote y los fieles, por orden de Nuestro predecesor de ilustre memoria, León XIII, sean dichas en adelante por Rusia. Los Obispos y el clero secular, velarán para que a los fieles y a todos aquellos que asistan al santo sacrificio se les advierta frecuentemente esta intención”.

“A. A. S.” XXII (1930). 300-301. “La Doc. Catól. 24 (1930) col. 70-71.

## VII

### 24 de Diciembre de 1930:

Respondiendo a los votos del Sacro Colegio, el Santo Padre protesta contra una “propaganda subversiva de todo orden y enemiga de toda religión” y deplora la persecución en Méjico y en Rusia.

“Y aquí comienzan las notas dolorosas verdaderamente dolorosas y hasta tal punto, que jamás la historia ha registrado otras semejantes: tal vez, también, porque nunca el mundo se ha encontrado en las condiciones que vemos y vivimos, condiciones de caracteres materiales y morales, privados y públicos, individuales y colectivos, que hacen inevitables las más vastas y las más lejanas repercusiones de todas las sacudidas que se producen en los diversos países y en

los diversos medios políticos, sociales, financieros, económicos e industriales.

Queremos hablar de este malestar financiero y económico general y hasta puede decirse universal que tan penosamente se ha hecho sentir hasta en su mismo organismo, en los Estados y en los pueblos, así entre los más ricos y más fuertes como también en las más modestas y humildes familias y entre éstas (se comprende) mucho más dolorosamente.

Queremos hablar de este paro, (desocupación) tan ampliamente esparcido, que priva de trabajo y de pan a tantos obreros con sus familias y, que más vivamente hace sentir, la necesidad de un mejor equilibrio social e internacional, inspirado en una más grande justicia y en una más grande caridad cristiana y que, sin trastornar el orden establecido por la divina Providencia, haga posible y efectiva entre las diversas clases y entre los diversos pueblos, la colaboración paterna, útil a todos, en lugar de la lucha y de la rivalidad dura y desenfrenada, perjudicial a todos, y a más o menos corto plazo, desastroza. Bendita sean todas las iniciativas que tienden a atenuar los tan grandes sufrimientos del presente y a preparar un porvenir mejor.

Queremos hablar de esos vagos terrores con los cuales muchos miran el porvenir, como si viesen en más de un sector del horizonte, nubes amenazadoras; terrores, (digámoslo de una vez) excesivos según nuestro sentir, y nubes (seguimos esperándolo) que en todas son precursoras de tempestad, pero que, sin embargo mantienen en tensión los espíritus y los turban. "No todas" decimos, porque universales y espantosas tempestades, se preparan seguramente por medio de una propaganda subversiva de todo orden y enemiga de toda religión, así como también por medio del contagio de las malas costumbres, si ideologías desastrosas, de deplorables debilidades y de más deplorables connivencias y si la excesiva solicitud por los intereses materiales, continúan combatiendo muy poco esos desórdenes y más todavía, favoreciéndolos.

Colocado por la mano de Dios, a la cabeza de toda su Iglesia, nuestro corazón está en todas las partes en que ella sufre, combate y ora; allá van

Nuestras solicitudes y Nuestras plegarias, para rogar, combatir y sufrir con ella. Y esta santa Iglesia de Cristo, sufre al rogar, indecibles padecimientos; y orando sostiene las más rudas luchas en más de un país.

Se necesitan también rogar mucho (por lo menos rogar), por nuestros hermanos y nuestros hijos de México, por los admirables campeones, que, en nombre y por amor de Jesucristo, sufren y mueren en Rusia y en Siberia, preparando con los sufrimientos el renacimiento en Cristo de esas inmensas regiones y de esos pueblos innumerables.

Además, es necesario rogar por nuestros buenos y valerosos misioneros y por nuestras queridas misiones de China, que, en numerosas partes de este enorme país han atravesado y atraviesan todavía hoy, por muy duras pruebas, no sin la gloria de verdaderos martirios; no por causa de las poblaciones que son generalmente buenas y pacíficas, sino de un número relativamente restringido de exaltados, excitados a menudo por la misma nefasta propaganda antirreligiosa que amenaza a todo el mundo civilizado".

(*L'Osservatore Romano* 25 de Dic. de 1930. La Doc. Cat., 25 (1931) col. 6-8).

## VIII

### 15 de mayo de 1931:

En la Encíclica "Quadragesimo anno" el Santo Padre condena el comunismo en los términos siguientes:

"No menos profunda que la del régimen económico es la transformación sufrida desde los tiempos de León XIII por el socialismo, el principal adversario en que tenía fija la vista nuestro Predecesor. En efecto, entonces, podía ser considerado el socialismo como sensiblemente uno; defendía doctrinas bien definidas que formaban un todo orgánico; en seguida se dividió en dos partidos principales, muy a menudo opuestos entre sí y hasta enemigos encarnizados, sin que sin embargo ni el uno ni el otro haya renunciado al fundamento anticristiano que caracterizaba al socialismo.

En efecto, una parte del socialismo sufrió un cambio semejante al que antes indicábamos respecto a la economía capitalista y dió en el co-

munismo; enseña y pretende, no oculta y disimuladamente, sino clara y abiertamente y por todos los medios, aún los más violentos, dos cosas: la lucha encarnizada de clases y la desaparición completa de la propiedad privada. Para conseguirlo, no hay nada a que no se atreva, ni nada que respete, y una vez conseguido su intento, tan atroz e inhumano se manifiesta, que parece cosa increíble y monstruosa; como lo demuestran las matanzas horrosas y las ruinas en que han convertido inmensos países de la Europa Oriental y del Asia; y hasta qué extremo es adversario y enemigo declarado de la Santa Iglesia y de Dios mismo, desgraciadamente, la experiencia demasiado lo ha probado y es, por lo tanto, de todos conocido. Por eso, no creemos necesario prevenir a los hijos buenos y fieles de la Iglesia contra el carácter impío e injusto del comunismo; pero, sin embargo, no podemos menos que contemplar con profundo dolor la incuria de los que parecen despreciar estos inminentes peligros y con cierta pasiva desidia permiten que se propaguen por todas partes, doctrinas que destrozarán por medio del crimen y de la violencia a toda la sociedad. Mayor condenación merece aún la negligencia de quienes descuidan la supresión o reforma del estado de cosas, que lleva a los pueblos a la exasperación y prepara así el camino a la revolución y ruina de la sociedad".

**A. A. S. XXIII (1931). p. 213. La Doc. Cat., 25 (1931). col. 1435-36.**

Esta última frase dice muy claramente cómo alienta el Santo Padre a los que se consagran a establecer un orden social cristiano. Mucho nos gustaría citar aquí todo el conmovedor discurso que él pronunció en la audiencia solemne del 24 de setiembre de 1931 con motivo de la peregrinación de la J. O. C. francesa. Copiamos siquiera este párrafo:

"Los tiempos son difíciles y bajo muchos puntos de vista, muy tristes y dolorosos. Hay quienes quieren arrojar, expulsar a la Iglesia de todas partes, pero más especialmente de la fábrica y de en medio del trabajo, porque ven que precisamente es allí donde más necesarios y más urgentes son la presencia de Cristo y los beneficios de la Iglesia. Como verdaderos conquistadores, pues, os proponéis, queridos hijos, hacer que la Iglesia y

Cristo vuelva a reinar entre la clase trabajadora; la Iglesia con sus instituciones maternas y tan benéficas no sólo en lo que a la vida futura se refiere, sino también para la vida presente, como lo ha dicho San Agustín; la Iglesia, esta institución divina, que, sólo parece tender hacia la eternidad, pero que están muy lejos de ser así, puesto que dispone de tantos tesoros para el tiempo y para la vida presente.

Os proponéis hacer triunfar a Cristo Rey con su gracia, y su caridad, con todas las luces de la fe y hacer brillar su real majestad infinitamente poderosa y bienhechora. Consuelo inefable sentimos por eso, al ver que empleáis vuestras fuerzas tan vigorosas al servicio de una causa que tanto necesita de ellas.

**(L'Oss. Romano, 26 de Sept. 1931. La Doc. Cat. 26 (1931), col. n109).**

## IX

### 24 de Diciembre de 1931.

Respondiendo a los votos del Sacro-Colegio, el Santo Padre describe las tribulaciones de la Iglesia en Rusia, en México y en España.

"Otras graves tribulaciones han venido también, al mismo tiempo a afligir a la Iglesia de Dios, que con ellas ha sufrido y sufre todavía. Esta vez en más grande escala. Y allá en la lejana Rusia, sufre todavía tormentos indecibles, que únicamente puede hacer preciosos el heroísmo de tantas almas, verdaderas almas de confesores y mártires, pues han sido sometidas a la prueba más dura, a la pena más sensible, ver el odio de que es objeto Dios mismo, todo lo que con religión se relacione y principalmente la religión católica.

Sufre también penas igualmente grandes, el lejano país de México; diferentes son, es cierto, según las regiones de este vasto territorio. Las graves tribulaciones sufridas allá, han durado largo tiempo y hasta en estos últimos días continúan sucediéndose, aunque aliviadas con las maternas sonrisas de Nuestra Señora de Guadalupe que ha sido celebrada en el mundo entero, y hasta en Roma misma, por el Papa en persona, pero más que en ninguna parte en ese lejano país.

En fin, como para circunscribir y fijar en una

especie de terrible triángulo semejantes pruebas, han venido a agregarse los acontecimientos de España, país más cercano; de esta pobre y querida España, que durante estos últimos tiempos ha visto arrancar una a una tantas de las más bellas páginas de su historia de fe y de heroísmo y, puede decirse de civilización y de méritos civiles en el mundo entero; de España que había visto con-

sagrarse al Sagrado Corazón, la familia y la escuela. Una verdadera desolación. Tenemos ahora entre Nosotros, dice Su Santidad, a un testigo ocular de los los primeros estragos hechos por la terrible tempestad, Nuestro querido hijo el Cardenal Segura".

(L'Oss. Romano, 25 de Dic. de 1931. La Doc. Catól. 27 (1932) col. 135).

## Don Lorenzo Norza

El 23 de enero dejó de existir en Alajuela don Lorenzo Norza, persona muy estimada por todas las personas que lo conocieron, bondadoso y todo un caballero.

Para su virtuosa esposa doña Hermelinda de

Norza, para su apreciable hijo don Lorenzo Norza y su hermana Paulina Porras enviamos nuestro más sentido pésame, que Dios les de mucha resignación en tan profunda pena.

## Don José Manuel García

En la ciudad de Cartago ha sido muy sentida la muerte del apreciable caballero don José Manuel García, jefe de un hogar muy feliz. Para nuestra apreciable amiga doña María Isabel Meneses de García, para sus hijitos y demás familia doliente enviamos nuestro más sentido pésame.

Que el Corazón de Jesús les dé mucho consuelo en su gran dolor.

NOTA: Rogamos a los suscritores enviar sus oraciones por el descanso de las almas de don José Manuel García y don Lorenzo Norza.

## Amad a Cristo!

Vosotros, niños, sois como rosas que en las auroras del mes de Abril van entreabriendo sus bellas hojas al blando beso de aura sutil.

Si en vuestras almas tiernas y puras, gratos aromas queréis guardar, amad a Cristo, que es la pureza, amad a Cristo que es la bondad.

El con su tierna, dulce mirada pide a los niños el corazón...

amad a Cristo, que es todo encanto, amad a Cristo que es todo amor.

Como los ángeles cantadle himnos; cual los pastores id al Portal para llevarle vuestras ofrendas y allí postrados sus pies besar.

Y cuando claven los desengaños en vuestras almas su dardo cruel, buscad a Cristo sobre las pajas, buscad a Cristo pobre en Belén.

Que sus divinas manos de niño vuestras heridas restañarán...

¡Amad a Cristo como él os ama!  
¡No le ofendáis, niños, jamás!

Fr. GONZALO DE CORDOBA

## LO QUE SE HA ESCRITO

Los ornamentos de una mujer deben ser: modestia, sencillez, verdad y obediencia. Si una mujer desea tener a un hombre cautivo puede conseguirlo obediéndole. Las mujeres violentas son más desagradables que los hombres.

Pitágoras

## Sé dulce con tus hijos y obtendrás su confianza

Cuando María Miller fué a visitar a su madre, como todos los domingos, lo primero que hizo fué decirle en tono de desconsuelo y aflicción:

—¡Figúrate, mamá..., Paulina me ha mentado! Estoy desconcertada: nunca lo habría creído de mi hijita... Y me dijo una mentira impardonable, que no tiene realmente disculpa...

—Pero, querida mía...—sonrió la señora.—No hay necesidad de tomar las cosas de manera tan trágica.

—¿Pero cómo no?... Si no puede haber nada más trágico que los niños mentirosos. Bien sabes que detesto las personas que no acostumbran a decir la verdad, y en cuanto a mi propia hijita, siempre le enseñé a aborrecer la mentira. Y me pregunto dónde puede haber adquirido esta mala costumbre. Seguramente que no nos oyó a nosotros sus padres, mentir. Sabes, mamá, que Pablo es el hombre más sincero y franco que pueda existir; a él no le oíría decir una mentira y en cuanto a mí... Bueno; no preciso sino recordarte lo que habrías hecho con una hija tuya que hubiese faltado a la verdad.

—Lo que recuerdo perfectamente, querida—volvió a reír alegremente la señora—es lo que, en efecto, hice cierta vez con ella. Y también que eso por poco no me costó la confianza de cierta chiquilla..

—¿Cómo, mamá? ¿Te referirás a mí?—preguntó, en extremo sorprendida, María.—¿Te habré mentado realmente alguna vez en la vida? ¿Y no me habría pasado nada por ello?

—No digo tanto, porque algo si te pasó... Y me dijiste una buena mentira. Porque todos los niños alguna vez lo hacen; ahora me doy perfecta cuenta de ello. Todo depende de la actitud de los padres con respecto a esas primeras exteriorizaciones de falsedad por parte de las criaturas. ¿Cuál fué la tuya al enterarte de la mentira de Paulina?

—A decir verdad, hasta el momento no he adoptado ninguna. Porque, sencillamente, no sé qué hacer. Lo único que hice fué regañarla enérgicamente y mandarla a la cama sin cenar, también como un castigo por haber roto el florero

de cristal. Porque esa fué toda la causa de su mentira: rompió ese lindo florero de cristal tallado que tengo sobre la mesita de la sala y luego me aseguró con toda frescura que ella no lo había roto..., que no tenía la menor idea de que se hubiese quebrado.

—¡Hum!... Bien se daría cuenta que el confesar que ella fué la autora del daño, habría significado un castigo...

—Pero, mamá, creo que es imprescindible castigar a los niños en tales ocasiones..

—La calma, las amonestaciones razonables, los consejos gentiles sobre la manera cuidadosa de tomar las cosas, siempre tendrían los resultados deseados. Puedo hablarte con entero conocimiento de causa, hija mía, porque también tú rompiste, al tener más o menos la edad de tu Paulina, un hermoso florero de cristal de Venecia que tenía sobre mi tocador. Y lo negaste firmemente, pero yo te había visto romperlo, en un descuido y sabía que estabas mintiendo. Pero no tardé en caer en la cuenta de que mentías por temor al castigo; comprendí que si continuabas así adquirirías una incorregible costumbre de mentir cada vez que te encontrases en una situación difícil. La próxima vez que, sin querer, rompiste algo, no te traté como si hubieses cometido "un crimen", y no te reñí ni impuse castigo alguno. Dejé pasar las cosas y esperé a que tú, por iniciativa propia, lo confesases.

—¿Y, mamá? ¿Lo hice así?

—Por supuesto. No te sentías ya hostigada por el temor al castigo, y no tardaste en contármelo todo, como se acostumbra hacerlo entre dos buenas amigas.

—Creo, mamá, que tienes toda la razón del mundo. Supongo ahora que a los niños se les debe acostumbrar a decir la verdad, como se les enseñan tantas otras cosas que no pueden saber por sí solos.

---

### —P E N S A M I E N T O—

Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas, porque lo llevas a El, que es la clave y resolución de todos.

# REFLEXIONES CRISTIANAS

## La Educación de los Niños

Si los santos Padres, los apóstoles y el mismo Jesucristo miran con tanto esmero la educación de los niños, ¿con qué ojos deberán mirarla aquellos a quienes la divina providencia ha puesto en este mundo en el grado de superiores? ¿Qué cuidado, que delicadeza no debe ser la suya en advertir las palabras que les dicen, y las acciones que les presentan? Los corazones de los niños son como de una blanda cera, y la materia más proporcionada para recibir todo género de impresiones.

Cuanto oyen y cuanto ven, otro tanto se queda grabado en sus tiernas almas, con tanta profundidad, que en vano se emplean las reflexiones e instrucción de la edad madura para borrar las preocupaciones o máximas erradas que recibieron en la infancia. Por otra parte, los niños tienen un derecho de justicia a que los mayores en edad no perdonen trabajo, cuidado, ni cautela, que pueda ceder en su beneficio. Ellos se encuentran destituidos de todos los medios con que pudieran precaverse del mal.

La experiencia no ha podido abrirles los ojos para que vean la enorme diferencia que hay entre la verdad y la mentira, entre lo malo y lo bueno. Están destituidos de las luces de la sabiduría con que pudieran distinguir los caracteres de la virtud, y las líneas horribles con que se representa el vicio. Su corazón, ente-

ramente desnudo de todos los hábitos, abraza cualquiera sin la menor repugnancia, porque ignora sus consecuencias. La prudencia no ha podido todavía dirigir sus acciones, ni darle aquella astuta sagacidad con que enseña a entresacar lo útil de lo dañoso. Un niño, pues, se halla como una tabla rasa, en donde se puede dibujar una figura perfecta o un monstruo: como un árbol naciente que se le puede dirigir derecho o torcido: como un hombre inerte, que está a la discreción de lo que quieran hacer de él: como un objeto, en fin, acreedor a todos los cuidados, a todos los esmeros de sus semejantes para ser verdaderamente feliz.

Estas consideraciones deben hacer en todos el efecto de procurar por su parte no escandalizar a los niños con las acciones ni con las palabras. Todo hombre que ha llegado a usar de su razón debe considerarse, cuando trata con los niños, como maestro que les ha destinado la misma naturaleza. Si a esto se llegan los conocimientos sobrenaturales, y las obligaciones mutuas que nos impone la caridad, resulta que la educación de los niños es una obligación casi universal y de las más grandes que tienen sobre sí todos los hombres. Considera, oh cristiano, todas estas verdades, y vuelve después los ojos a la conducta que hasta ahora has tenido.

## El Pecado del Orgullo

Es el orgullo un achaque tan común y tan popular como todas las enfermedades corporales. A todos se pega, y a todos acomete.

Dícese que el orgullo es una especie de hinchazón, porque el que le padece se imagina que ocupa más lugar del que ocupa efectivamente. No hay enfermedad más fácil de curarse, y ninguna hay de que menos enfermos se curen. Un poco de reflexión sobre la naturaleza del mal, y sobre las cosas que le irritan; un poco de entendimiento, una razón natural medianamente despejada, bastan para descubrir la inanidad, la ridiculez de nuestras vanas ideas. Es una pasión que parece lleva consigo misma el contraveneno.

Eres vano, fiero, altivo, soberbio; pues pre-

gúntate alguna vez a ti mismo; ¿por qué motivo lo eres? La misma causa de nuestra vanidad nos llenará de vergüenza, si tenemos un adarme de entendimiento, y una pizca de religión. La mayor parte de los hombres, y de las mujeres, no hallará otro principio, otro origen de la demasiada merced que se hacen a sí mismos, y del desprecio con que tratan a los demás, sino unas razones, que o son fuera del asunto, o si tienen alguna fuerza únicamente es para corernos y para avergonzarnos.

La nobleza, cierta distinción, cierta clase en que nos coloca una dignidad, un empleo, un magnífico tren, vestidos ricos, galas ostentosas, un cuarto preciosamente ahajado, muchas rentas,

un entendimiento perspicaz, vivo, brillante, gran fama, meter ruido en el mundo, una hermosura que encanta, que embelesa, que arrastra, que conquista: estas son las cosas que más de ordinario producen esta pasión y la fomentan. Pues convenzámonos de la bajeza de su origen, de la indecencia de su conservación; y nos avergonzaremos de haber sido tanto tiempo indignos esclavos del orgullo.

Engreírse por haber tenido un abuelo de gran mérito: mirar a los demás con desdén y con desprecio porque no se lee su apellido en los diarios.

## De la leche se obtiene caseína

La caseína tiene una composición análoga a la albúmina y fibrina y posee una reacción francamente ácida debido a los aminoácidos que contiene. (Tirosina Triptofono).

Es una sustancia protéica y nitrogenada que se encuentra de preferencia en la leche de los mamíferos en una riqueza de 3 a 17 por 100; en los líquidos que impregnan los músculos, y en la yema de huevo con la albúmina.

En la leche se encuentra en forma de cascinate de calcio y se extrae por la acción del ácido acético débil, que provoca una precipitación en frío. Este precipitado se purifica por la acción del carbonato de sosa, que disuelve la caseína.

Se deja expuesta la disolución a una temperatura de 20 grados para que separe la manteca y se añade ácido sulfúrico, diluido que precipita la caseína, a la cual se añade agua para lavarla, y después con un poco de solución de carbonato de sosa para separar el ácido, y por último se lava con alcohol y éter para separar la materia grasa.

Para obtener un kilogramo de caseína hacen falta 40 ó 50 kilogramos de leche.

En estado seco la caseína es una masa córnea del color del ámbar. Reducida a polvo se usa en las confecciones por tener la cualidad de impermeabilizarlas; se emplea en lugar de la gelatina para darles mayor brillantez; también se emplea para la clarificación, utilizando de 10 a 20 gramos, según se quiera obtener una clarificación ligera, ordinaria o fuerte, para lo cual procuraremos disolverla en agua templada, por ser más soluble que en agua fría, teniendo la precaución antes de alcalinizar el agua con cualquier base. Si empleamos el bicarbonato de sosa, utilizaremos cuatro gramos por litro; así la caseína se disolverá fácilmente y, por lo tanto, aumentará su poder clarificante. En la clarificación del vi-

¿puede haber opinión más mal fundada? Desengañémonos, que el mérito es personal, y las virtudes no son hereditarias. Más glorioso es dejar a la posterioridad una nobleza que no se recibió, que haberla adquirido de sus antepasados.

La elevación en que nos colocó una dignidad, un empleo, ¿es motivo justo para mirar con desdén, con sobrecejo a los que están un poco más abajo? En todos los estados parece bella la modestia, pero en los de mayor distinción se hace más respetable. Al contrario, el orgullo es tanto más odioso cuanto más elevado se le mira.

nagre da muy buenos resultados, porque la caseína en presencia de los ácidos se coagula.

Si la empleamos en gran cantidad, presenta el inconveniente de decolorar los vinos, y para evitarlo, emplearemos de cuatro a seis gramos por litro.

Unida a la cal forma un compuesto insoluble y resistente a la acción del agua que no entra en putrefacción, y mezclándola con una disolución de bórax y amoníaco forma una cola muy fuerte que se usa en ebanistería; unida con la magnesia calcinada y óxido de zinc forma un producto químico llamado espuma de mar, que se trabaja en estado fresco.

No es menos importante el empleo de la caseína para la fabricación de caucho artificial, tanto, que esto por sí solo puede constituir una industria.

Existen además otras clases de caseína: la artificial y la vegetal; la caseína artificial es un producto parecido en todo a la caseína ordinaria y que se forma por la acción de una lejía de potasa o sosas sobre las albúminas. Se prepara generalmente con clara de huevo que se bate con un volumen igual de agua y luego se concentra en vasijas llenas hasta reducirlo a la mitad de su volumen primitivo, después del enfriamiento se echa gota a gota en el líquido una solución concentrada de lejía cáustica hasta producir una jalea especial que se corta en fragmentos y se lava con mucha agua para separar el exceso de álcali; terminada esta operación, se disuelve la masa después se espesa y cuaja con agua saturada de yeso; la masa se trata como el caseo obtenido por la coagulación de la leche. Esta sustancia toma poco a poco los caracteres del queso: olor, gusto, etc.

JUAN DOMINGUEZ

## NOVELA

(Continuación)

na amiga Ivona, que la defiende en todo momento sin que aquélla lo sepa. De esta manera nos entendemos admirablemente. Sé también, por otra parte, que Ivona me defiende en contra de los partidarios de Sobrans y de la joven de Espeuven, con una vivacidad y entusiasmo que a veces amenaza comprometerla. No hay que olvidar que hay gente mal intencionada y ven en su defensa algo más que un impulso de simpatía y amistad pura y desinteresada. La buena amiga adora locamente a su prometido.

"En Saint-Gildas, la señorita de Pendennek me sirvió de cicerone, explicándome la historia de esos parajes maravillosamente salvajes. De pie, frente al mar de reflejos glaucos que se agitaba contra las rocas perforadas por la furia de los elementos milenarios, hemos evocado el pasado, los tiempos druidicos, la frágil embarcación que trajo a estas costas de Armor los primeros apóstoles. Meditativa y vibrante a la vez, Eloísa parecía revivir esos tiempos lejanos.

"—La vieja fe ancestral se apaga. Muchos la han abandonado... ¡Ah, cómo duele comprobarlo! ¿Por qué quitarles a los pobres la esperanza: la fe en Dios, el amor en Dios?

"Pronunció estas palabras mirándome con los ojos brillantes por la emoción—esos ojos que yo encuentro cada día más maravillosamente hermosos. Sin duda, en ese instante mi mirada debió ser muy elocuente, pues la joven sonrojose y, arrugando la frente, escondió el rostro con un movimiento tembloroso de sus pestañas doradas, que formaban un marco admirable a sus pupilas de ángel.

"Felizmente, contesté, quedan muchas influencias favorables que combaten las malas. Su familia, señorita, y usted misma, dan en esta comarca el más noble de los ejemplos.

"—Seríamos muy culpables si procediéramos al contrario. La razón de ser de las viejas familias reside en eso; lo cual explica que

no haya motivo para enorgullecerse de una situación que nos confiere tan pesadas responsabilidades.

"Esto entraba demasiado en mis propias ideas para que no lo aprobara calurosamente. Por largo rato, nuestra conversación siguió sobre este tema y tuve la oportunidad, una vez más, de comprobar y admirar la rara elevación cultural y emotiva de esa naturaleza femenina, su fuerza de pensamiento que se esconde bajo una sencillez encantadora.

"Ahora, de súbito, he aquí a Sobrans que se acerca exclamando con su voz ligeramente nasal:

"—Eloísa, la señorita de Espeuven ha descubierto a un músico ambulante que pasaba por el camino, y ahora vamos a bailar!

"Me volví bastante bruscamente, midiendo con la vista al individuo. Y muy probablemente debí tener un aire a lo... Francisco José, pues Sobrans pareció por un instante, sentirse aturdido, mientras que la señorita de Pendennek me miró con una sorpresa que me hizo recordar que Franz Wolf no tenía privilegio de alejar a los importunos. No tardé en sonreír, y dije:

"—¿Después de una conversación tan seria bailará usted, ahora, señorita?

"—No; no tengo el menor deseo. Además, no estoy vestida para eso.

"Y mostró su traje de amazona...

"—... Que Nicoleta organice el bailecito, si tanto le agrada. Yo prefiero mirar el mar, que nunca me cansa.

"Nos fuimos a sentar cerca de las personas serias. Mientras hablábamos, mirábamos a las parejas girar al compás de las notas bien intencionadas de un decrepito acordeón. La pequeña de Espeuven bailaba como una obsesionada. El bello Pierre, él mismo, tenía cara de tenebroso. Su madre, grande y delgada, con su nariz de pico de águila, me miraba con ojos nada cordiales. Ambicionaba muchí-

simo tener a la señorita de Pendennek como nuera, y dice, evidentemente, que yo me exhibo demasiado como pretendiente —sin contar la contrariedad que debe sentir por ser yo tan bien recibido por la familia. Naturalmente para esa noble dama yo no existo; apenas si se digna inclinar la punta de su nariz para contestar a mi saludo.

Unas nubes inquietantes nos obligaron a regresar. A tres kilómetros de Kenendry, la lluvia comenzó a caer.

"Amazonas y caballeros empezaron a galopar. Yo iba a la cabeza en compañía de la señorita de Pendennek, que montaba un hermoso corcel blanco y muy veloz. En cuanto a mí, montaba a Ibrahim, el noble bruto que no teme a ningún rival. Llegamos primeros al patio del castillo. Ayudé a descender a mi querida Eloísa, roja por el galope, más linda que nunca, con sus ojos chispeantes de alegría, con sus cabellos de oro que parecían querer escapar del fieltro negro, y con sus labios perfectos y rojos como dos guindas, de cuya comisura la sonrisa no tiene quien la iguale por su encanto. En ese momento, querido Ludwig, sentí la tentación de decirle todo mi amor. Pero supe dominarme y esperar que llegue mi hora.

"¡Mi hermosa y pura Eloísa! A su lado conoceré la ascensión hacia las alturas morales, con sus placeres profundos y nobles, sin mezcla de remordimientos. Mientras, si yo hubiese cedido antes... Sí, amigo, puedes agradecer a Dios por haberme dado la energía necesaria para descartar una pasión que ya había empezado a insinuarse en mí y que hubiera hecho mi vida desgraciada. Tenemos, ¡ay!, en nuestra misma familia ejemplos de la terrible influencia que pueden ejercer sobre un hombre las mujeres de la misma raza que la de esa pobre, desgraciada.

"¡Será necesario que ponga fin a esta carta kilométrica! Oigo el timbre. Probablemente sea mi pequeño amigo Guy, que me trae flores. Sé que son recogidas por su hermana

y, por ello, adquieren ante mis ojos un precio inestimable.

"¡Por lo que acabas de ver, tu primo está completamente chocho de amor, querido Ludwig! Las candidatas a mis favores no me llamarían más "hermoso mármol", si me vieran mirando embelesado el retrato de mi bien amada, que he dibujado de memoria— con toda facilidad pues sus rasgos y la expresión de su divino rostro no abandonan un instante mi pensamiento.

"Toda mi amistad a Cecilia, que estoy seguro quedará admirada con su nueva prima, apenas la conozca un poco.

"Soy siempre tu afectísimo amigo,  
Francisco José".

## CAPITULO VI

La Fougeraye, pequeña residencia cubierta en parte por hiedras y glicinas, está situada a poca distancia de Goello. Esta cercanía permitía a Nicoleta visitar casi todos los días a sus parientes y concidos que tenía en la ciudad, pues le era casi imposible soportar la soledad de la casa y buscaba la menor ocasión para distraerse.

Las señoras de Ploellan y algunas primas del difunto señor de Espeuven la recibían con efusión. Estas reunían en su casa algunas amigas y todas se dedicaban a los chismes más ruidosos, reservando su especial animosidad para el extranjero de Ty-Glaz.

La señora de Ploellan y sus hijas, Yolanda y Helvecia, se mostraban particularmente encarnizadas contra el forastero. La calumnia era su elemento, placer criminal de una existencia que ha descendido a la más vulgar mediocridad moral. Fueron ellas las que empezaron a poner en circulación chismes y cuentos sobre las supuestas conquistas de Franz Wolf en la comarca y sobre las igualmente supuestas visitas misteriosas que recibía en su cabaña de Ty-Glaz. Después de este indicio difamatorio, las mujeres empezaron sus ataques contra la señorita de Pendennek, cla-

mando al cielo que ellas la habían creído más seria y menos coqueta. . . . ¡Era doloroso comprobarlo! ¡Desgarraba el corazón! ¡Una joven tan bien educada, comprometerse así, con un hombre tan poco importante y fatuo como el austriaco! En pocas palabras, toda la gama de las insinuaciones fueron usadas por las maldicientes, quienes lograron llamar la atención de los numerosos enemigos que Eloísa se había ganado gracias a su hermosura, su virtud y su espíritu caritativo. Nicoleta dejaba decir, más dispuesta a incitar que a calmar a las tres lenguas viperinas. Desde hacía cierto tiempo, la joven se encontraba en un estado de nerviosidad que empezó a preocupar a su madre, víctima inocente de ese humor atrabiliario.

De salud delicada, la señora de Espeuven buscaba el reposo, pero Nicoleta no la dejaba en paz, pretendiendo que la madre necesitaba distraerse y que el aire, el movimiento y el sol valían por todo el reposo del mundo.

Una mañana llevó a su madre hasta Saint-Anne de Auray, donde los Pendennek y los Rosmandour habían llegado en peregrinaje. Nicoleta se impuso literalmente a ellos. Se hallaba en ese singular estado de espíritu que tendía a buscar constantemente la compañía de los castellanos de Kenendry, pese a que sabía que iba a encontrar, casi siempre, con ellos, al aborrecido extranjero, al odioso Wolf. En esta oportunidad, sabía que el extranjero se encontraba con los Pendennek en ese peregrinaje, se realizaba anualmente en la misma época para agradecer a Santa Ana la curación de Eloísa cuando ésta, siendo criatura, salvó de una grave enfermedad.

La señora de Espeuven y su hija abandonaron la Fougeraye en una vieja victoria, todavía bastante presentable, sacada del establo de la residencia y conducida por un caballo que le había prestado un amigo de Goeilo.

La señora de Espeuven sólo poseía una fortuna mediocre y sostenía a duras penas el tren de la existencia mundana a la cual ha-

bía acostumbrado a su hija Nicoleta. Sin embargo, la joven no tenía la menor intención de reducir su presupuesto de toilette y, particularmente desde hacía algunas semanas, parecía estar obsesionada por un afán de coquetería que obligó a su madre a decir para su coeto:

“¿Piensa ella agrandar, particularmente, a algún joven de estos lugares? . . . ¿A Amaury, quizá? . . . ¿A Pierre de Sobrans? Dos buenos partidos, sin duda. Me encantaría que lograra su fin, de uno u otro lado”.

Cerca de Kenendry, la victoria se reunió con el break de los Pendennek, guiado por Olivier, y a cuyo lado estaba sentado Franz. A mitad del camino el señor Wolf ocupó el puesto de Olivier, que se sentía resentido de las manos, recientemente lastimadas. Franz guiaba con una elegancia y una maestría incomparables, que eligió el comandante de Rosmandour apenas descendió del vehículo.

—Y eso que los caballos de Olivier son briosos, a veces muy difíciles de manejar— agregó el señor de Pendennek.

Franz sonrió, contestando:

—Me dan la impresión de ovejas, comparados con algunos de los míos. Estoy acostumbrado a guiar caballos fogosos y los siento tan perfectamente en la mano que no temería un instante en confiarles a quienes más quiero.

Nicoleta, que acababa de bajar de la victoria, le envolvió en una mirada llena de estupefacción.

¡Sus corceles! ¿Era tan rico este Wolf? Quizá en su riqueza podía explicar su aplomo y su insolente seguridad.

El inevitable Sobrans, que también había logrado que se le invitara, dijo afectando un aire de impertinente ingenuidad:

—¿Su señor abuelo ha sido comerciante en caballos, señor Wolf?

Con una sonrisa lo más burlona, Franz contestó:

—No, señor; mi abuelo compraba caballos, no los vendía.

El señor Pendennek miró a su joven pariente con una significativa expresión de reproche. Poco después, hallándose solo con su pariente, el señor de Pendennek le tomó del brazo y le dijo:

—Escucha, Pierre... ¡Si piensas mostrarte nuevamente desagradable con el señor Wolf, he de cerrarte las puertas de mi casa!

Pierre contuvo un ademán de cólera:

—¡Muy bien, tío, lo lamentaré muchísimo! Este señor me horripila—. No le puedo sufrir...

—Es que estás celoso de él..., bajamente celoso. No he de permitir que uno de mis invitados, un hombre irreprochable bajo todos los aspectos, sea, en mi presencia o bajo mi techo, objeto de lamentables rozamientos. Ten lo presente en todo instante, si tú quieres que siga recibéndote.

Y dejando a su joven pariente, el señor de Pendennek reunióse con un grupo que se dirigía hacia la Basílica.

Pierre le miró alejarse y detuvo a Nicoleta que pasaba por allí, para comunicarle con furia mal contenida "el insulto que acababa de recibir por culpa de ese abominable Wolf". No advirtió el joven que Nicoleta no se hacía eco de sus palabras, como de costumbre. Muy distraída, la muchacha seguía con los ojos a Franz Wolf que caminaba a la vera de Eloísa. Una vez en la basílica, nuevamente sus ojos, cargados de celosa irritación miraron a los dos jóvenes que, arrodillados, elevaban sus preces a Dios. Una vez fuera de la basílica, Nicoleta trató de separarlos, acaparando a Eloísa bajo el pretexto de preguntarle algunos informes sobre la fundación de la iglesia. Complaciente, la señorita de Pendennek se los dió. Empero, Ivona, que había escuchado, intervino para decir:

—¿Cómo es eso? ¡Si ayer mismo me decías conocer muy bien todo lo concerniente a esta iglesia! ¿Has perdido la memoria en tan corto plazo?

Nicoleta fingió no haber oído. Bajo sus bigotes, Franz sonrió con ironía. Conocía las

tretas femeniles y había adivinado el fin de Nicoleta, celosa, cada vez más celosa de Eloísa.

El almuerzo fue servido en el hotel de Francia. Alrededor de una vasta mesa, cada cual ocupó el sitio que más le agradaba. Mientras Eloísa fué en busca de la camarera para advertirla sobre algo relativo al almuerzo, Nicoleta advirtió un lugar vacante entre Ivona y Franz, y sin pérdida de tiempo asió la silla en el instante que Franz, girando su cabeza, le dijo amablemente:

—¡Perdone, señorita! Esta silla está reservada para la señorita de Pendennek.

Habló con tal tono de autoridad, con tanta seguridad e imperio, que Nicoleta retrocedió, sin pronunciar la menor protesta. Mas, apenas sentóse en una silla cercana, su furor arremetió contra ella misma. ¿Cómo se dejó imponer por ese individuo? ¿Cómo no protestó por el tono imperioso de ese plebeyo? ¿Acaso presidía la mesa?... ¡Cómo le aborrecía!

Después del almuerzo, conversando con el señor de Rosmandour, la señora de Espeuven manifestóle con un aire contrariado:

—¡Este señor Wolf es de lo más desagradable que pueda haber! No comprendo la simpatía de ustedes por él, esa admiración demasiado visible que sólo sirve para hacer destacar la fatuidad verdaderamente insolente.

El señor de Rosmandour, regordete y diminuto, de fisonomía inteligente y fina, completamente satisfecho por el almuerzo ingerido, se puso a reír dulcemente, sin detener su paso lento y defectuoso por una herida recibida en la guerra del 1870.

—Querida, el señor Wolf se muestra con nosotros el hombre más afable y distinguido del mundo. Cuando viene a visitarme, se interesa por mi jardín, por mis ideas y por mi salud, de una manera muy personal y encantadora, y a la vez muy simple y natural. Así que, de mi parte, no le veo tal insolencia ni afectación. Usted..., ¡cáspita! ¡Usted

ya es otra cosa! Sobre todo Nicoleta, que desde un principio le trató desde lo alto de su nobleza. Lo curioso y divertido es que ese joven, que tiene mucha dignidad... mucha dignidad, los tiene a la distancia.

—¡Nos tiene a la distancia! —replicó la señora de Espeuven visiblemente sofocada.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué quiere decir usted, si es la verdad? ¡Yo no tengo la culpa!

Y el comandante siguió riendo, mirando de soslayo a su cuñada, furiosa por su herida vanidad.

—¡Es un insolente, créame, Enrique!... Un hombre que, pese a sus modales de gran señor, que son estudiados, por otra parte, parece a veces de la más elemental educación. ¡La señora de Karellec me hizo notar que el otro día fue el primero en salir del salón en casa de los Pendennek, sin preocuparse de los caballeros que le rodeaban y que eran mayores que él, en edad y en prestigio! ¡Con la misma frecuencia llega a ofrecer su mano, adelantándose a esas mismas personas y a esas mismas mujeres!

—En efecto..., en efecto. Yo también he advertido esas pequeñas distracciones. No obstante, salvo las mismas, el señor Wolf es la corrección en persona; por tanto, hay que reprochar a usted misma si él se muestra tan frío con usted.

—¡Naturalmente, usted encuentra perfecto todo lo que él haga!—contestó agriamente la señora de Espeuven—. Por otra parte, la frialdad de ese señor me importa bien poco. Lo que me encoleriza es ver que usted también se ha dejado embobar por ese extranjero..., de ver a los esposos de Pendennek, tan encguecidos, tan sugestionados por él, y dejarle que corteje, abiertamente, a Eloísa.

—¡Ah!... Al estimarle como le estiman lo más probable es que la señorita Eloísa se convierta en la señora Wolf, siempre, claro está, que los informes pedidos por el señor de Pendennek a su amigo Kéranic sean favorables.

—Que les haga provecho—comentó irónicamente la señora de Espeuven—. De mi par-

te, preferiría ver a mi hija vistiendo santos que dársele a un Wolf.

—¡Vamos! ¡Vamos, querida amiga!... ¿Opina lo mismo su señorita hija Nicoleta?

—¿Por qué no?

—Porque tanta animosidad hacia un hombre... como el señor Wolf, me parece muy exagerada para no esconder un sentimiento distinto.

Esta vez la señora de Espeuven no pudo rebatir; la indignación le cortó la respiración. Instantes después dijo:

—¿Está usted loco? Nicoleta, que lo aborrece..., que no puede verlo ni pintado...

—¡Ajá!..., ¿Cómo explica usted, entonces, que su hija se encuentre siempre tan inusitada y coquetamente ataviada donde esté el señor Wolf? Ivona me lo advirtió hace unos días...

—¿Ivona?... ¿Ivona? ¡Naturalmente: si está enamorada de ese Wolf! Todo el mundo lo ha notado. ¡Pero Nicoleta!... ¡Nicoleta! ¡Vamos, no me haga reír usted!

Pero la señora de Espeuven era la última mujer en el mundo que hubiera reído en ese momento. La cólera la hizo temblar, poniendo raros destellos en su ojos pálidos.

El señor de Rosmandour conservaba una calma burlona. Sin reírse, continuó:

—¡Ah!... ¡Lo ignoraba! ¿Así que mi hija está enamorada del señor Wold? ¡Qué lindo! ¡Los que han visto eso llevarían binóculos de campo! De mi parte no me intranquilizo, eso sí, no colocaría la misma confianza en la animosidad de Nicoleta..., en su horror por el señor Wolf....

La señora de Espeuven le dió la espalda y se alejó con paso nervioso. El comandante quedó mirándola y soliloqueó:

“Bueno..., bueno..., de todos modos está prevenida. La chica Nicoleta es capaz en el momento menos pensado, de cometer alguna imprudencia contra el honor de ese hombre..., a quien ella aborrece. ¡Qué lástima que la hayan criado tan mal, la pobre!”.

Y levantando los hombros, el comandante fué a reunir con los amigos de Pendennek, cerca de los vehículos que llevarían a los pe-

regrinos al monasterio de Auray.

Al regreso hubo una ligera merienda. Luego, después de las últimas devociones a la basílica, cada cual se dirigió a su respectivo carruaje. Franz volvió a ocupar su puesto en el break. Olivier, que se aprestaba a sentarse a su lado, sintió una mano que le tocó el brazo.

—Señor Olivier, ¿sería usted tan gentil, cediéndome su asiento? ¡Deseo vivamente admirar sus caballos desde cerca, en plena carrera!.. Además, respiraría mucho más aire...

Nicoleta miró al joven con aire implorante. Cortésmente, Olivier contestó:

—¡Naturalmente, señorita! ¡Con el mayor gusto!

La señora de Espeuven, sentada ya en su victoria, y habiendo oído el ruego de su hija, gritóle:

—¿En qué estás pensanso, Nicoleta? ¿Qué es esa fantasía? Ven y deja su asiento al señor de Pendennek.

Pero Nicoleta ya había subido al break y se sentó cerca de Franz, el cual no se dignó mover la cabeza. Con desenvoltura la joven contestó:

—Recibiré más aire, mamá... Mi tío irá a tu lado.

La señora de Espeuven cerró los labios para no dejar salir una orden irritada. Mejor era no insistir frente a ese carácter tan obstinado y caprichoso. Pero su fisonomía tomó una expresión preocupada, que su cuñado no dejó de advertir.

“¡Mi vaticinio se cumple!—pensó el comandante—. Después de lo que le he dicho, este capricho de Nicoleta quizá sirva para demostrarle que un enemigo a quien se busca... ¡es un enemigo que interesa terriblemente!”

Llegados a Kenendry, las Sras. de Espeuven se despidieron de sus amigos. Nicoleta volvió a la victoria. Estaba sombría, silenciosa, y como, por su parte, su madre no estaba dispuesta a conversar, el trayecto hasta la Fougeraye se hizo sin que las dos mujeres pronunciaran una sola palabra.

Más en el momento de entrar en su habitación, la señora de Espeuven se volvió hacia

su hija, que subía, detrás de ella, la escalera.

—¿Me dirás ahora qué placer puedes haber tenido haciendo el viaje al lado de un hombre mal educado, que te ha dispensado tanta atención como si no existieras? Ahora podrá buscar a unos cuantos mal intencionados y decirles que tú andas detrás de él, como un falderillo....

—¿Detrás de él? ¿Yo? ¡Vamos, mamá!

Nicoleta levantó la cabeza como un gallito furioso, pronto a atacar.

—...¡Esto es demasiado! ¿Así que, por el simple hecho de que el señor Wolf guiara el break, yo no podía sentarme en el vehículo? ...¡Además, me resulta indiferente que no me haya prestado ninguna atención, como si yo no existiese! ¡Al contrario, era lo que yo quería! ¿Acaso, crees que yo soy una Eloísa para aceptar las atenciones de un Wolf?

Las frases salían de sus labios como un torrente. ¡Roja, con los ojos brillantes, la joven cubrió de un salto la distancia que la separaba de su habitación, en la cual entró golpeando violentamente la puerta tras de sí.

La señora de Espeuven llevóse una mano sobre la frente, gimiendo:

—¡Qué bochinche! ¡Esta chica se vuelve espantosamente nerviosa! ¿A qué se deberá?... ¿Qué tendrá?

## CAPITULO VII

La principal parroquia de Goella, Saint Etienne, tenía como padre espiritual a un viejo cura muy aliado con la familia de los Pendennek. Con el propósito de solemnizar sus bodas de oro con el sacerdocio, el clérigo y un grupo de parroquianos organizaron una misa cantada de gracia, en la cual debían participar la señorita de Pendennek y el señor Wolf. Eloísa poseía una voz cálida y pura, bien ejercitada; Franz, una soberbia voz de barítono. Más de una vez ambos habían cantado en dúo en el hogar de Kenendry o en la residencia de la señora de Cervillon. A pedido de aquéllos, los dos jóvenes aceptaron tomar parte en esa ceremonia religiosa, con la mejor gracia del mundo.

La misa cantada debía realizarse un día do-

mingo, dos días después del peregrinaje a Saint-Anne. La vigilia, la señora de Espeuven declaró a su hija que le sería imposible acompañarla a Goello. Estaba completamente abatida por la fatiga y no sentía el coraje de asistir, durante dos horas, a una ceremonia religiosa que congregaría a un mundo de gente en la iglesia. El calor sofocante podía enfermarla seriamente.

—¡Y bueno! Iré con los Ploellan —declaró Nicoleta.

La señora de Espeuven, mirando el rostro pálido y los ojos hundidos de su hija, observó.

—Harías mucho mejor en quedarte a descansar tú también.

Nicoleta movió los hombros, sin contestar, y fuése a su habitación para preparar su vestido.

Este vestido fué la causa de que una nueva disputa se suscitara entre madre e hija al día siguiente. Nicoleta vestía un foulard blanco, de dibujos malvas y con adornos de terciopelo negro y encajes blancos muy espumosos. El conjunto ofrecía cierto aspecto de excentricidad, acentuado aún más por el voluminoso sombrero de paja blanca, muy aludo, y guarnecido con grandes flores de terciopelo malva, colocado a un costado, caballerescamente, sobre los cabellos castaños, peinados con primor.

—¡Eso no debe llevarse a siete meses de distancia de la muerte de tu abuela!—exclamó la señora de Espeuven al ver entrar a su hija en la sala—. Te he hecho hacer ese vestido para asistir al casamiento de tu prima Juana, en setiembre, y habíamos convenido que no lo usarías antes.

—¡Mamita querida! ¡Me quieres privar de un placer a mí, que nunca me distraigo! Además, me sienta tan bien el vestido... ¡y el sombrero es una monada!!

Así diciendo, la joven se acercó a un espejo y se miró complacida.

—¡Deberías vestir de luto, todavía! Te he autorizado el gris, es cierto, pero debido a este calor sofocante... No obstante, tú abusas...

Con dedos expertos, Nicoleta arregló sobre su frente un rizo de cabello que caía hasta cerca de sus ojos.

—Además, ¿para qué vestirse así en este

hueco de Goello?

¡Irán chicas muy elegantes, mamá!... ¡Y qué bien me queda este vestido! ¡Estoy contentísima!

La señora de Espeuven frunció las cejas, mirando a su hija, que seguía examinándose ante el espejo.

—Date vuelta un poco... Así... Ese rizo es exagerado... Además, te he dicho que no lo ondularas. Te da un aire... un aire muy inconveniente. También el sombrero... Colócalo de otra manera, sin tanto ángulo...

—Así está perfectamente —contestó secamente Nicoleta—. Es un sombrero grande y resulta una monada si se lleva así. Con menos ángulo, resultaría un mamarracho.

—¡Así no te dejaré salir, Nicoleta! Ni debes abusar así de la libertad que siempre te he dado. Hoy tiene un aire, un aspecto que no me agrada.

—¡Y a mí me encanta!

Y así contestando, impertinentemente, la joven giró sobre sus talones y volvió a mirarse en el espejo.

La señora de Espeuven se dejó caer sobre el diván. Luchar contra la voluntad de su hija era, para esa mujer blanda y débil, una cosa imposible.

—¡Te ruego, Nicoleta, seas razonable!

La señorita de Espeuven movió nuevamente sus hombros, con irreverencia, y contestó:

—¡No quiero ser razonable! ¡Me aburriría demasiado!

—¡Fíjate que te señalarán con el dedo! ¡Son tan maldicientes en los pueblos chicos!

—¡Me río de lo que puedan decir!

En ese momento la puerta se abrió y el viejo mucamo y guardián de la Fougeraye, cochero también, en la eventualidad, inclinóse y anunció:

—El coche está listo, señorita.

—Bueno, Maturino!... ¡Hasta luego, mamá!

Y acercándose a su madre, Nicoleta dióle un beso breve. La señora de Espeuven la tomó de un brazo y la miró con una mirada investigadora.

—¡Te has pintado los labios, Nicoleta!, te he permitido el polvo..., no el rouge..., ni

tampoco te he permitido que te pintaras las pestañas.

Con un gesto brusco, Nicoleta se desprendió de la mano de su madre y salió rápidamente del salón. Un instante después, la señora de Espeuven oyó el rodar del coche que se alejaba.

"¡Ah, que chica más mala!—pensó la señora, encolerizada—. ¿Qué impresión va a causar con ese vestido? ... ¿Qué motivo, qué impulso la mueve en ese su furor de coquetería? ¿Acaso tenga razón su tío? ¿Ese Wolf le habrá trastornado la cabeza a mi hija también?"

x x x

Los Ploellan habitaban en la calle de Connétable un triste y decrepito petit hotel. Desde hacía tiempo la fortuna había huído de ese hogar y la señora de Ploellan vivía de expedientes, contrayendo aquí y allá deudas, que, a veces, consentía pagar un hermano menor de su esposo.

Las señoritas Yolanda y Helvecia tenían un hermano, joven delgado de dieciséis años, de agradable aspecto físico, pero dotado de una pretensión y una estupidez igual a la de la madre y hermanas, de las cuales estaba muy prendado. De acuerdo a sus diatribas venenosas y a sus insinuaciones llenas de perfidia contra el señor Wolf y la familia de Pendenek, el joven Cayetano, envidioso y malo en su naturaleza, se colocó de parte de sus hermanas, y él también inició una campaña contra aquella gente, culpable de poseer un alma noble, miras elevadas y los bienes de este mundo que faltaban a los Ploellan.

A falta de inteligencia, poseía, en cambio, una imaginación fértil y la astucia que abunda, desgraciadamente, en las naturalezas malas. De ahí que el joven adolescente, animado por la condesa y sus hermanas, desparramara las especies más disparatadas y calumniosas que muchas orejas recibían con maléfico placer.

Deseoso de asistir a la ceremonia de Saint-Etienne, disimuló intencionalmente una indisposición, con el objeto de verse excusado a asistir a los vésperos en el convento de los padres jesuitas, del cual el joven era alumno externo. Cerca de la iglesia, en la calle del

Connétable, Nicoleta se encontró con el muchacho, relamido y jubiloso como de costumbre exhibiendo una rosa en su traje de uniforme.

El vestido de su prima pareció impresionar al joven Cayetano. En el momento que iniciara un cumplimiento solemne, aparecieron la señora de Ploellan y sus dos hijas. Caminaban majestuosamente, rutilantes por los colores vivos y chillones de sus vestidos. Yolanda, sobre todo, llevaba un sombrero verde, guarnecido, con un moño color punzó, que hizo hacer una mueca a la señorita de Espeuven.

"¡Bah—pensó—, las tres son tan feas y ridículas, que me servirán de sacaclavos. Menos mal que no dejan de ser, pese a su fealdad, las Condesas de Ploellan."

Al llegar las mujeres y Cayetano a la calle de los Chanoines, Helvecia exclamó:

—¡Miren allá! ... ¿No es ese viejo el señor de Coetgon?

—¡Sí, es él mismo, en persona! ¿Cómo es eso? ¡Por fin ese viejo ratón ha decidido a salir de su cueva—dijo jocosamente el joven Cayetano.

—Seguramente ha venido para aplaudir a su Eloísa y a su querido señor Wolf—agregó Nicoleta con ironía.

—¡También él dará su consentimiento, con las dos manos, al matrimonio! Eso es, siempre que el casamiento se efectúe.

Aquí, en lugar de bajar el tono de su voz agria y común, la señora de Ploellan la levantó más, como para ser oída por una familia que pasaba por allí y que sabía adicta al señor Wolf.

—Sigo pensando lo mismo, queridas. ¡Sí, supongo que ese extranjero después de comprometer seriamente a la querida Eloísa, levantará su carpa y volverá a instalarla en otro lugar, para recomenzar de nuevo sus hazañas!

—¡Lo creo posible!—comentó Nicoleta entre dientes.

Pero la joven mentía al contestar de esa forma pues sentía en su fuero interno que Franz Wolf era incapaz de cometer semejante bellaqueería.

En pocos minutos la iglesia se atestó de gente. Un hombre de unos cincuenta años de edad, de aspecto diplomático, que llegó al finalizar el sermón, logró, después de mucho maniobrar con los codos, llegar hasta una de las alas bajas de la iglesia. A su lado estaba el comandante de Rosmandour, quien, al verle, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¡Usted, Kéranio!—exclamó en voz baja.

El otro sonrió y extendió la mano que aquél estrechó cordial y efusivamente.

Poco después, mientras el predicador volvía a la sacristía y los acordes del órgano se elevaban, el recién llegado explicó:

—He obtenido una breve licencia. En seguida corrí hasta aquí, para volver a ver a mi querida Bretaña y a mis buenos amigos.

Sus palabras se interrumpieron para oír las primeras notas del cántico *Páris Angelicus*. Luego, murmuró:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué lindas voces! ¿Quiénes son los que cantan?

—Su ahijada y un joven, el señor Wolf locatario de Ty-Glaz.

Atento, visiblemente transportado por el canto melodioso—como el resto del auditorio— el señor de Kéranio pareció sorprenderse nuevamente. Al callarse las voces, se inclinó hacia el señor de Rosmandour para decirle:

—¡Es extraordinariamente curioso cómo esa voz de hombre me recuerda la de otro, que tuve el privilegio de oír algunas veces en Viena!

—Bien puede ser la misma! Ese joven vive en Viena y me ha dicho que os ha conocido en alguna parte.

El señor Kéranio sonrió con visible buen humor.

—¡Oh, no! ¡No era un Wolf. En cuanto a ese joven puede ser que le haya visto antes. ¡Se encuentra uno con tanta gente en nuestra carrera diplomática! Además, el nombre de Wolf es tan común.

Aquí calló para escuchar las notas de un violoncelo. Después, la curiosidad se hizo presente una vez más, pero más viva e intensa

Eloísa y Franz estaban cantando un *Ave María*.

Las filas de los presentes se movió. A un lado de donde se hallaba el señor de Kéranio, estaba Ivona de Rosmandour. Esta, a su vez, tuvo un movimiento de sorpresa, y luego sonrió amablemente. Poco después, señalando con su cartera, dijo al señor Pendennek, en voz queda:

—Su amigo de Kéranio está allá, señor.

—¡Caspita! ¡Siempre conserva su manía de llegar de improviso!—murmuró el marqués con una sonrisa de júbilo.

Tan pronto como se dió la bendición, el señor Rosmandour, molesto por el calor, trató de abrirse camino entre la gente agrupada en el ala baja de la iglesia y que fluía hacia la salida. El señor de Kéranio le siguió, pero pronto fueron separados por la muchedumbre.

De pronto, el señor Kéranio se encontró cerca de la escalera que conducía a los órganos. Estaba abierta, y una silueta masculina se perfilaba sobre el umbral. El diplomático volviendo maquinalmente la cabeza, le vió y estuvo a punto de exclamar, estupefacto:

“¡No! ¡No puede ser! ¿El, él aquí?

Sobre la humanidad del señor de Kéranio cavó la mirada de dos ojos negros que expresaban sorpresa y contrariedad a la vez.

Luego, en un movimiento que denunciaba una decisión repentina, Franz Wolf se acercó al recién llegado y le habló en voz baja.

En la fisonomía del señor de Kéranio se sucedieron las emociones más contrarias, desde la incredulidad y el aturdimiento hasta la alegría y la satisfacción más intensa. Con un movimiento de cabeza, asintió y rióse maliciosamente. Luego, ya afuera de la iglesia, divisando al señor de Rosmandour, se dirigió hacia él.

—¡Vaya una coincidencia! Conozco a ese señor Wolf! No íntimamente, por cierto, pero he oído hablar de él en términos muy elogiosos.

—¡Ah, mejor así! ¡Me alegro muchísimo! Pues, no sé si usted lo ignora, es un serio pretendiente a la mano de Eloísa.

—¿Un pretendiente a... ?

El señor de Kéranio abrió los ojos con tanta estupefacción, que su interlocutor le preguntó:

—¿Acaso no le cree digno de ella?

—¿Que no le creo digno? ¡Hum! ¡Verdaderamente, todo lo contrario!

—¿Cómo, todo lo contrario? ¿Entonces es ella quien no es digna de él?

—¡Pero no, amigo mío! Mi ahijada es digna de un príncipe..., del más lindo de los príncipes. Pero..., discúlpeme..., me siento medio aturdido por el calor sofocante.

—¡Aquí viene su ahijada, querido amigo! Y ahora, dígame si el señor Franz Wolf no tiene buen gusto....

De la sombra del pórtico acababa de salir un grupo formado por Eloísa y sus parientes. La joven vestía un traje liviano, de género rosa, y llevaba en la cabeza un sombrero de tul blanco, sobre el cual se destacaban tres rosas de terciopelo rojo. Sus ojos tenían un brillo maravilloso de vida y felicidad, que daban a sus mejillas blancas rosadas un encanto de madonna.

—¡Admirable!—comentó el señor de Kéranio—. Comprendo..., comprendo...

Con paso vivaz avanzó hacia sus amigos. Con la mano extendida, el señor de Pendennek le dió:

—¡Mucho me alegra el verte, caro amigo! ¿Por qué no enviarme unas líneas, anunciándome tu llegada? ¡Tienes suerte de que nos encontremos en Kenendry, de lo contrario hubieras encontrado las puertas cerradas.

—Querido viejo: tienes razón; es decir, no la tienes; me concedieron licencia a último momento. Sin pérdida de tiempo tomé el tren, y, ¡heme aquí, nuevamente entre ustedes, encantado de volver a ver a esta Bretaña querida! Pero, amigo mío, deja los reproches para luego y permíteme que salude a estas damas... y que felicite a mi incomparable ahijada.

Miró a Eloísa con admiración.

—En dos años, tan sólo dos años, el pimpollo de rosa se ha convertido en una flor.... ¡Querida nena, dejás anonadado a tu viejo padrino! ¡Y qué voz! ¡Tu compañero y tú me han embelesado totalmente!

Las mejillas de la joven se colorearon con un rojo más intenso.

—¿No es verdad que tiene un timbre de voz magnífico?... ¡Y qué expresión! Sí, excesivamente expresiva y arrulladora... ¡Pero, dime, Pendennek... Conozco un poco a ese mozo...

La fisonomía del marqués brilló de satisfacción.

—¡Ah! ¿Le conoces? ¡Me alegro mucho! Podrás darme las informaciones que te solicitaba en mi carta!

—¿Qué carta?

—¡La que te he enviado, pues! ¡Hace ya dos meses! En ella te narraba cómo Eloísa y Guy fueron salvados por ese extranjero, que vive en Ty-Glaz...

—¡No la he recibido, querido! No estaba en Viena. Me habían enviado en misión a Constantinopla. La carta se habrá perdido, probablemente.

—¡No importa! por suerte que estás aquí, de lo contrario mi embarazo hubiese sido muy grande al no recibir tu respuesta... Pero hablaremos de ello más tarde.

Amaury y Olivier se acercaron para saludar al amigo de su padre. En pocos minutos se agregaron nuevas personas que deseaban saludar al recién llegado, entre aquéllas algunos parientes que el diplomático tenía en la comarca. Mientras estrechaba las manos, el señor de Kéranio dirigía sus ojos hacia donde se hallaba el señor Wolf, con un aire de persona que cree ver visiones.

Eloísa se hizo un poco a un lado y, en ese momento, vió al señor de Coetgon, el cual, deslizándose fuera del pórtico, trataba de desaparecer furtivamente.

También Franz le había visto. Dejando al señor de Rosinandour, con el cual conversaba el joven se dirigió vivamente hacia el fugitivo, cerrando el paso al viejo coleccionista.

—¡Nada de eso, señor! ¡Usted nos pertenece ahora!—dijo alegremente.

—¡Está usted detenido! ¡Dése preso!—a regó Eloísa, llegando a su vez.

El anciano la miró con ojos turbados. Pero ante esa radiante aparición, un esbozo de son-

risa apareció en los labios desecados del coleccionista.

—Deseaba oírte cantar, Eloísa.... y a él también—dijo el señor de Coetgon con voz trémula—. ¡Fué maravilloso! Quisiera oírlos de nuevo....

—Será fácil, mi buen primo. Venga usted con nosotros a Kenendry y cantaremos para usted esta noche.... ¿No es cierto, señor?

—¡Con el mayor gusto! Tendré el gran placer de dar esa satisfacción al señor de Coetgon, que se ha molestado en venir a oírnos.

—¡Oh, no! ¡Debo regresar! No estoy acostumbreado....

—¿Teme que le roben la colección?—dijo maliciosamente Eloísa—. Entónces dispondremos que lo lleven al anochecer en el carruaje.

—Usted no nos puede negar este placer, señor. La señorita de Pendennek y yo no se lo perdonaríamos nunca— manifestó Franz con su calurosa gracia, llena de modulaciones convincentes.

—Sí, si, ustedes me perdonarán, sabiendo que soy un viejo original. Pero, en fin, iré a Kenendry, pues no puedo decir que no, ni a ella ni a usted....

—¡Muy bien! Suba usted en el break, que está allá desde que no quiere encontrarse en medio de tanta gente—dijo Eloísa—. Nos reuniremos en seguida, querido primo.

A media voz, siguiéndole con los ojos Franz dijo sonriendo:

—Creo que hemos obtenido una linda victoria, señorita. Hay que saber tratarle, para conseguir lo que uno quiere de ese anciano... Mas, permítame que la felicite ahora, ya que no lo pude hacer allá en la iglesia, en medio de esa santidad que exigía silencio, un silencio que, por otra parte me pareció la mejor expresión de mi admiración por su voz... y por usted Eloísa.

Las mejillas de la joven volvieron a enrojecer nuevamente, esta vez con un color más subido y profundo. Sus ojos aterciopelados se cerraron un instante, bajo la mirada de ardiente dulzura que sólo existía para ella.

En ese momento se acercaron Ivona, Olivier y Amaury. Luego otras personas que

conocían a Franz se agregaron a ellos para felicitar a los dos cantantes. Fué en ese momento que salieron de la iglesia los Ploellan y Nicoleta. Estas mujeres se habían colocado en primera fila, para poder exhibir sus vestidos, y debieron dejar pasar a la totalidad de los fieles antes de ganar la calle.

—¡Señor nuestro, he ahí nuevamente a ese hombre cerca de Eloísa de Pendennek—suspiró la señora de Ploellan, levantando los ojos al cielo con una mirada escandalizada—. ¡Está allí como un gran personaje recibiendo homenajes! ¡Vean, vean! ¡Qué aire tiene! Y todas esas mujeres que le miran con ojos de almíbar

—Debo ir a felicitar, de algún modo, a Eloísa—dijo Nicoleta.

Y rápidamente se dirigió en dirección al grupo. Acercándose a Eloísa, la congratuló con la sonrisa más amable del mundo. No se había aún perdido su sonrisa, cuando, dirigiéndose al señor Wolf, le dijo, hablando con precipitación.

—Su voz nos ha encantado a todos, señor.

—¿Es que tengo hoy el privilegio de agradar a todo el mundo? ¡Me parece casi imposible! ¡Demasiado bello para ser cierto!

¡Qué tono mordaz, glacial! ¡Qué aire de frío desdén!... Nicoleta tuvo un temblor y bajó los ojos... ¡No, decididamente era abominable este Wolf.

Con altivez, estrechó la mano de Eloísa y volvió a reunirse con las señoras de Ploellan, cuyos ojos curiosos siguieron esa breve escena.

—¿Qué le has dicho a Wolf?—preguntó le Helvecia—. ¡No te contestó con mucha amabilidad, que digamos!

—Le dije... que Eloísa había cantado muy bien—contestó con brusquedad la joven Nicoleta.

Pierre de Sobrans acercóse a ella en ese momento. Nicoleta le preguntó:

—Y bien, ¿no va a felicitar a Eloísa?

Pierre contestó:

—Espero que el austriaco se decida a dejarla sola un momento. Ese coco, que ya se da aire de gran señor y amo, me da en los

nervios de tal manera que...

Y sin terminar la frase agitó, con un gesto de amenaza, su bastón de mango de plata.

—¡Oh! ¡Bien, déle una lección, señor— sugirió Helvecia con voz estridente.

—¡Una buena y linda lección!—agregó el joven Cayetano con una sonrisa malvada—. Le enseñará a hacerse el lindo.

Pierre, con una mirada de soslayo, midió la estatura del extranjero, esa estatura que la esbeltez elegante escondía un vigor poco común.

—¡Puede ser que tengamos que llegar a eso!—exclamó con suficiencia—. Pero de todas maneras, aquí está el señor de Keranio, quien nos podrá informar, sin duda, sobre los antecedentes de ese individuo acogido tan imprudentemente por los Pendennek. ¡Nunca será demasiado temprano para saber con quién trata uno!

—¡Pero será tarde si el corazón de la hermosa Eloísa está rendido! —comentó burlescamente Yolanda.

Pierre lanzó una mirada de odio en dirección al extranjero, al mismo tiempo que emitía palabras confusas de amenaza que dieron lugar a que Nicoleta interviniera con sarcasmo.

—¿Qué espera para ir a cruzarle la cara con el guante? ¡Podrían batirse allí mismo, en el centro de la plaza, por el corazón de la hermosa! ¡Qué interesante sería!

—¡Vaya una idea la suya!— apostrofó Pierre mirándola con sorpresa furiosa.

Algunos instantes después, los Pendennek y sus huéspedes subieron a los carruajes que le esperaban en el patio de un hotel próximo. Como todos no cabían en el break, Franz y Olivier habían venido con el sulky. Esta vez el señor de Pendennek declaró:

—Yo iré en el sulky con mi amigo Keranio. Charlaremos como dos buenos amigos que somos.

Y volviéndose hacia Franz, agregó amablemente:

—Siempre que usted no prefiera viajar en este vehículo, señor.

—¡Oh, de ninguna manera! Viajaré per-

fectamente en el break, querido señor.

—¡Sobre todo si tiene a Eloísa como vecina!—comentó Ivona, quedamente, al oído de su prometido—. ¿Quieres molestarte un momento, querido mío, a fin de que los dos se sienten juntos?

—¡Con el mayor placer! Wolf me resulta un amigo muy simpático— dijo sonriendo cerca de la cara burlona de su novia.

En ese momento Franz se acercó al break. El señor de Keranio, que se hallaba en su camino, se hizo a un lado con un movimiento lleno de indiferencia, y tuvo la intención de sacarse el sombrero pero se contuvo a tiempo.

El joven Franz, sin detenerse, díjole en voz baja:

—¿Qué es eso? ¡Menos respeto! ¿En qué está pensando?

Poco después, estando todos instalados en sus vehículos—incluido el señor de Coetgon, intensamente turbado por la insólita aventura—, se inició la marcha de regreso a Kendenry. En la volanta inglesa, guiada por el Sr. de Pendennek, iba el señor de Keranio. Ni bien iniciado el regreso, el padre de Eloísa abordó el tema que más interesaba a su corazón paterno:

—Oye, amigo Keranio; tenía un deseo extraordinario de verte..., pues, no obstante habernos impresionado favorablemente, deseaba obtener algunos informes sobre nuestro amigo Franz Wolf. Eloísa parece haberse prendado de él...

—¡Nada más natural! No es la única, por lo visto, que...

El señor de Pendennek tuvo un movimiento brusco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Calma, amigo mío! ¡No tienes por qué preocuparte! ¿Acaso no ha trastornado la cabeza a todos o a casi todos? Entonces, allá, en su patria..., que es más conocido..., la cosa es peor..., pues..., en fin..., es un mozo encantador...

—¿No será un aventurero, un vividor?

—¿Quién, él? ¡No, hombre! ¡Na faltaría (Continuará).

## DE BELLEZA FEMENINA

Las espinillas del cutis, que tanto lo afean y desmerecen, son producidas en algunos casos por un equivocado régimen alimenticio o por el imperfecto funcionamiento de los intestinos. En ambas cosas conviene atacar el mal en su origen, sin perjuicio de la extirpación exterior de los mentados puntos negros que desesperan a quien al mirarse siente verdadero horror.

Se deben, corrientemente a la secreción exagerada de materia grasa. A este fenómeno se lo ataca con cremas secas, astringentes. Pero cuando la grasitud no tiene salida, entonces se acumula formando nódulos pequeños de color blanquecino con un puntito negro en el centro, que hace las veces de un tapón obturador de los poros y que los obliga a dilatarse para dar salida a la secreción que contienen. De modo que ese punto no es el productor de la secreción, sino que ampara y facilita su creación, lo que en algunos casos convierte a esas espinillas en diminutos granitos rojos al infiltrarse microbios.

Los cuidados externos que se recomiendan, consisten en pasar por el rostro todas las mañanas una loción a base: agua de rosas, 10 gramos; alcohol, 10 gramos; glicerina, 10 gramos y bórax, 10 gramos. Después se dan unas fricciones con otro preparado cuya composición es la siguiente: alcohol rectificado, 80 gramos; alcohol de espliego, 10 gramos y jabón negro, 40 gramos.

Pero lo primordial es cuidar los manjares que se ingieren, evitando los que contengan muchas grasas o los fácilmente indigestos, que estimulan por acción lenta de intoxicación la secreción sebácea que se quiere combatir. Si no se adopta esa precaución todo tratamiento será incompleto y contraproducente.

Y ahora hablemos de los barrillos, que generalmente se los ve en personas que sufren de estreñimiento, trastornos intestinales, dispepsia, pesadez de digestión y otros malestares. Por esto no ha de atribuirse los barrillos a negligencia en el maquillaje, a que los polvos o preparados son de calidad inferior, sino al organismo, que al no funcionar como debiera produce esas man-

chitas. Puede decirse que aplicar las pomadas usuales originarias de los barriles, es perder lamentablemente el tiempo, pues mientras no se regularice la marcha del estómago todos los cuidados serán en vano.

Pero tratemos otro capítulo de extraordinaria importancia en la belleza de la mujer: el de las arrugas y la temida "pata de gallo". Son como ramitas de árbol amarillentas y que desfiguran el semblante, lo avejentan y son, asimismo, señales positivas de que se va doblando la curva de los años. Pero en ciertos casos las arrugas hacen una prematura aparición y entonces cumple eliminarlas por todos los infinitos medios al alcance de cualquier persona.

Los masajes pacientes hechos diariamente con la yema de los dedos, dan excelentes resultados. Es necesario abrir los poros de la piel de modo que ésta absorba una cantidad de aceite o de grasa. Esta llena así los surcos y torna a la piel mórbida, lisa. La dilatación de los poros se facilita también con el baño cálido del rostro, que consiste en disponer de una palangana de agua caliente en la que haya disuelta una cucharada de bórax en polvo. Entonces con un lienzo o con una esponja embebida en ese líquido se aplican compresas sobre la cara, afectadas por las arrugas, hasta que se note bien el calor en todo el rostro.

Cada una de estas operaciones deberá durar, por lo menos, un cuarto de hora, transcurrido el cual quedará la piel perfectamente pulida y los poros abiertos. Entonces llega el instante de los masajes esparciendo una buena capa de crema dejando que la piel se penetre bien de esa sustancia, oprimiendo suavemente con la yema de los dedos. Por este procedimiento las arrugas desaparecerán como si se las hubiera planchado.

El masaje de la frente practicado con tesón por las noches al acostarse, impide los surcos profundos que envejecen notablemente, y requiere unos cuantos movimientos de los cuales el primero es a través de las líneas entre los ojos; el segundo de uno a otro lado de la frente; el ter-

cero, un doble movimiento de los dedos sobre y bajo de los ojos, hecho siempre con muchísima delicadeza. El cuarto movimiento se practica sobre los ángulos externos de los ojos. Los dedos se untan primero con buen cold-cream y se mueven circularmente en torno de las sienas.

Luego se hace masaje con un dedo sobre el lo-

mo de las arrugas que surcan el pequeño espacio del entrecejo, masaje que conviene realizar por lo menos dos veces al día.

Siempre los tocamientos y presiones deben ser rápidos, ligeros, de manera que la piel no sufra y se irrite y ni siquiera enrojezca.

## LOS NIÑOS

*Los niños son tan tranquilos y suaves,  
sus risas puras y sus ojos graves.  
trino en la noche, lampo en la aurora,*

*Nativamente saben la canción  
del prodigioso ritmo sub-oído,  
y en los brazos abiertos de la noche  
gustan la maravilla del olvido.*

*Y olvidan luz y ardor y gozo y pena,  
y la trisca pueril de los senderos,  
donde se imprime en la menuda arena  
el tibio rastro de sus pies ligeros.*

*O si apunta la luz del día infante  
de Navidad, cuando el rocío es miel,  
se lanzan en un ímpetu anhelante  
por ver al Niño y por jugar con él.*

*Y juegan arceciados, florecidos,  
y cantan engréidos  
coros enardecidos...*

*Amor pide entre duelos sus júbilos y coros,  
y ellos, ricos del reino de los cielos,  
jamás economizan sus tesoros.*

*En sus almas recónditas se inicia  
una virtud augusta aunque se esconde;  
mas cuando llega la estación propicia  
y el genio llama, la virtud responde.*

*¡Niños! He aquí la luz del día eterno  
de Navidad, cuando el rocío es miel,  
¡Id hacia el mundo en ímpetu fraterno  
por ver al Niño... y jugaréis con El!*

Porfirio BARBA JACOB



### Madres!!

## "Dextro-Malto" y "Páblum"

Los mejores alimentos para niños, aprobados por los especialistas, están de venta en todas partes.

Consultad a vuestro médico

COSTA RICA DENTAL &  
MEDICAL SUPPLY Co.

Dr. M. Fischel Co.

Apartado 434 — SAN JOSE — Teléfono 2683



## El Ejemplo de los Padres fija el Sendero de los Hijos

Un viajero ascendía una montaña  
de rocas escarpadas y oscuros precipicios  
Y tras él una dulce voz gritaba:  
"Fíjate donde pisas; que yo tus pasos sigo".

Oí una vez lenguaje indecoroso,  
Palabras muy soeces, que profirió un niño.  
Al reprenderle su mamá, repuso:  
"Lo que mi papá dice, ¿no puedo repetirlo?"

Ví a un niño de dorada cabellera,  
Gracioso, saludable, inteligente, vivo.  
Que entraba por la senda de la vida  
Con un corazón puro, desconociendo el vicio.

¡Infeliz! en sus labios infantiles  
Su jugo venenoso dejaba un cigarrillo.  
Entonces le rogué con insistencia:  
"No aprendas a fumar, hermoso niño".

Quitóse el cigarrillo de los labios.  
Sacudió la cabeza, movió sus lindos rizos.  
Sostuvo el cigarrillo entre los dedos,  
Y, "Mi papá lo hace", me dijo sonriendo.

A una joven tan dulce como bella  
La ví cuando apuraba un gran vaso de vino.  
"No lo tomes, te ruego, porque temo—"  
"Papá lo hace también", ella me dijo.

La bella joven fué una desgraciada.  
Está el hermoso rubio, pálido, enfermizo.  
La cárcel guarda al niño mal hablado:  
Es el "Papá lo hace" que ha vencido.

Recordad, padres, como cada día  
Os observan en todo vuestros amados hijos.  
Cuidad que vuestros pasos en la vida  
Sigam la senda, pues sois ejemplos vivos.



## El Limón, una fruta milagrosa

Claro lo vemos ahí, en el patio de la casa, manchado de amarillo, las ramas bien feas del árbol que lo produce, se apilan después en el repostero, seca la cáscara para que duren todo el tiempo en que escasean; los compramos "tres por veinte" en la Vega; nos servimos de él para la cocina, para las enfermedades, para el aseo... Y lo cierto es que nunca nos hemos dado el trabajo de averiguar qué propiedades tiene esta fruta que para tantos usos se presta y en todos juega un papel excelente.

Porque son pocos los que saben que el limón es uno de los regalos que nos hace la naturaleza más ricos en vitaminas, teniendo, por lo tanto, un valor nutritivo enorme, que la ciencia médica aprovecha ahora en forma inteligente, aplicándolo a diversos tratamientos. Da buenos resultados en los casos de diabetes y en los de reumatismo. Sirve como digestivo, tomando con un vaso de agua tibia después de las comidas. Cuando se sienten náuseas, una copa de agua de Vichy con una cucharada de jugo de limón, será un descanso inmediato para el estómago. Cuando después de repetidas comidas fuera de casa, sobre todo en restaurantes, donde muchas veces nos presentan alimentos no muy frescos o excesivamente condimentados, será un tratamiento des-

intoxicante el tomar durante el día, a pasto—dicho en la forma vulgar y corriente—un litro de agua cocida, fría en el cual se haya echado el jugo de dos limones grandes y una cucharadita de las chicas, de bicarbonato. Para hacer gárgaras en caso de amigdalitis o de anginas, es indicado, lo mismo que para hacer tocaciones, usándolo en esta ocasión, puro.

Y no sólo en este capítulo de la farmacopea es extraordinario elemento el limón, sino que en otros tiene también grande importancia. Veamos ahora, por ejemplo, lo que puede este buen y pequeño amigo, cuando lo tenemos en la cocina y en el repostero.

Desde luego, el pescado y los mariscos no se conciben sin el limón. ¿Podría usted comer ostras sin limón? ¿Y lenguas de erizo al natural? ¿Y congrito frito? ¿Y lisa en fuente? Imposible, ¿verdad? Pues, para adobar las carnes coja Ud. un trozo de pulpa rosada, macérela bien, póngale en un plato de sal jugo de limón colado y bastante perejil picado y haga después un bistec o un asado y tendrá usted una carne de primer orden, sabrosa y blanda.

Agregue unas cáscaras de limón al arroz con leche y tomará un arroz exquisito. Cuando esté batiendo la mayonesa y ésta dé señales de

cortarse, añada ligerito unas gotas de limón y en seguida volverá a unirse. Cuando quiera presentar un guiso de guatitas blancas, blandas, sin olor alguno y tiernitas, después de limpias, las pasa por una última agua a la que agregará jugo de limón.

Queda aún otro capítulo: el del aseo, con un pedazo de limón exprimido y ya inútil al parecer, podemos sacar las manchas de los mármoles, los residuos de grasa de las mesas del repostero y de la cocina, quitar las manchas de tinta de las maderas enceradas, podemos hacer desaparecer de nuestros dedos el mal olor dejado por la cebolla que se ha picado y del pescado que se termina de limpiar.

Para lavar las ropas y, sobre todo, los encajes que se hayan puesto amarillentos, es excelente, empleándolo en agua, en la que se echan partidos en cuatro, con cáscara y todo. Se hace hervir la ropa, se aclara y se verá que ha recobrado su primitiva blancura.

Y veamos ahora qué aplicaciones personales tiene el limón, buen amigo de nuestra belleza efectiva o de nuestro trabajo para conseguirla. Para empezar, es maravilloso para conseguir una cabellera suave y dócil. Se emplea en la última agua en que se hace el enjuague, poniendo una cucharada de jugo de limón colado y otra de vase-

lina líquida. Para aquellas señoras que usan ondulado al fierro es muy conveniente el uso del jugo de limón, mediante un rociador, antes del ondulado, que en esta forma les durará el doble de tiempo.

Mezclado por partes iguales con agua de rosas, glicerina líquida perfumada y unas pocas gotas de tintura de benjuí, es maravilloso para mantener las manos suaves y blancas, aconsejando esta fórmula a las que tengan que hacer doméstico y que no puedan disponer de grandes sumas para sus coqueterías.

He conocido a inglesas y americanas con cutis fresco como una flor tempranera, que sólo tenían en su tocador un limón, el cual cortaban en rodajas finas, frotando con ellas su cara, su cuello, sus brazos y manos. Y según ellas, al limón debían toda la belleza de su piel y de su coloración.

Con toda esta letanía en honor del amarillo y ácido fruto, creo que ustedes, mis queridas lectoras, serán como yo, desde ahora, admiradoras conscientes y decididas del "hermoso limón".

TIA JOBITA

De un periódico del exterior.

## Los Peligros del Alcohol

Dos jóvenes de Vilasora, Dosindo Rodeira Baamonde y Lisardo Boreijo apostaron 25 pesetas a ver quien bebía mayor cantidad de aguardiente en menos tiempo.

Baamonde ingirió cerca de dos litros y murió a las pocas horas después de un fuerte ataque y en medio de los atroces tormentos y dolores.

Boreijo sólo bebió un litro, pero pasó entre la vida y la muerte y, por supuesto, durante su vida se llevará las consecuencias de su locura.

Baamonde tenía apenas 19 años. Sin duda deben ser alumnos de alguna escuela laica e inclinados al izquierdismo, porque los católicos saben muy bien que la vida la tenemos prestada y somos usufructuarios de ella y no ya dueños que, por cualquier bagatela, podamos disponer de ella. De seguro sus padres no deben haberlos enviado al Catecismo por que en él habrían aprendido que el hombre sobrio y serio, respetuoso de Dios y de su ley jamás se lanza voluntariamente en el peligro.

## Guerra... Destrucción

El resultado final de toda guerra es fatalmente un doble perjuicio y daño: uno, material; otro, moral. No perjudica tan sólo a los vencidos, sino también a los mismos vencedores. Por un lado, engendra sufrimientos y ruinas; por el otro, ocasiona la depravación de los sentimientos y el oscurecimiento del juicio moral. La guerra constituye, pues, la violación y la degradación de todo cuanto hay de mejor y más elevado en el ser humano.

Paz en la tierra a los Hombres de Buena Voluntad.

## Saber hablar a tiempo

Los vocablos no constituyen jamás un fin, sino un medio. Con ellos nos comunicamos con nuestros semejantes. Por eso tiene suma importancia saber hablar bien; pero no la tiene menor,—y aún en ocasiones la tiene mayor,—saber hablar a tiempo.

Resulta sorprendente,—decía Condillac,—que hayan dado a los hombres tantas reglas para aprender a hablar, y ninguna en cambio para aprender a callarse. Inventóse el arte de hablar mucho sobre poco, cuando, en realidad, es de mayor necesidad hablar poco sobre mucho.

# Reglas para criar debidamente a nuestros niños

## EL CUIDADO DEL NIÑO DEPENDE DE LA SABIDURIA MATERNA.

Denomínase Puericultura el arte de cuidar a los niños. Y Puericultura es no solamente el arte basado en conocimientos científicos que se encuentran en los libros de vulgarización, sino también el arte primitivo, el arte empírico, el arte que todo mundo emplea cuando tiene que cuidar a un niño.

Pocas gentes habrá que en alguna ocasión no hayan tenido que preocuparse por los cuidados que merece un niño, y la regla general es que todos, cual más, cual menos, nos vemos obligados a prodigar atenciones a los niños que la fortuna nos pone al alcance de la mano.

Para todos es siempre una angustiada sorpresa el verse de pronto ante un pequeño sér, acerca de quien nada se sabe por el momento y sobre cuyo cuidado no se ha tenido la precaución de aprender ni de meditar.

¿Qué es lo que se hace entonces? Acudir a las personas de experiencia que se tienen a mano, pedir consejo a toda fuente que parece autorizada por los años y la lucha por la salud de los hijos.

Acuden entonces en auxilio del angustiado sér que tardíamente lo pide, numerosos consejos que en definitiva llegan a constituir la Puericultura única de que por el momento se puede disponer.

Hay, pues, una Puericultura empírica, popular, que a falta de otra más sabia y mejor formada, es la que salva o precipita al niño en la vorágine de la patología infantil o en la catarata de la mortalidad.

Se dice frecuentemente en los congresos científicos que llegan a preocuparse por la salud de los niños, que es necesario vulgarizar los preceptos de la Puericultura nacional, que son tan sencillos y tan saludables y se habla siempre de medidas intensas para llevar a la conciencia de las masas la verdad sagrada que brota de los sapientísimos libros de la Puericultura científica. Pero en definitiva muy poco se va consiguiendo por ese camino, por cada cerebro interesado que llega a preocuparse por esta clase de asuntos, vienen tras de él, millares de cerebros jóvenes despreocupados, desentendidos de lo que sólo es posible que interese cuando lo dispone el amor.

Que es necesario sembrar a fondo las ideas y los preceptos salvadores de la Puericultura, no hay por qué negarlo y precisamente la existencia

de un arte primitivo de cuidar a los niños está diciendo a gritos que es indispensable sustituir ese arte por otro racional y, dentro de las posibilidades humanas, más perfecto.

Cuando nace el primer niño en el seno risueño de un matrimonio joven, las horas que siguen a este trascendental acontecimiento están sembradas de temores, de dudas, de zozobras, productos de la infinita ternura con que padre y madre miran al delicado ser que les acaba de llegar como un regalo para el corazón.

Pero el niño nace para el dolor y apenas siente los primeros rigores de la vida independiente, grita, llora y da muestras inquietantes de sufrimiento, ya es un nuevo huésped del valle de lágrimas.

Los padres, que están mirándose en las pupilas del recién venido y contienen el aliento para no dañar con él las sonrosadas carnes del capullo recién abierto, descubren que es posible que el amado ser tan esperado y tan soñado hasta ese momento, comience a sufrir y pueda enfermar y es posible que, dada la delicadeza que se le advierte, pueda morir con la facilidad con que se extingue una flama al soplo de una racha inesperada.

Vuelven entonces la mirada e interrogan con ella por si hubiere alguien que los ilustre respecto a aquellos fenómenos que encuentran de una alarmante novedad. Y es entonces cuando llueve la Puericultura popular en forma de millares de consejos cuyo resultante habrá de decir del porvenir del pequeño ser. Así es entre nosotros, así en todas partes del mundo, así es en los centros de la más refinada cultura. Nadie está preparado para recibir a un hijo.

La madre ha sido hasta ese momento una jovencita inexperta que no ha podido preocuparse por adquirir conocimientos que no le interesaban aún. Ninguna mujer que no sea madre, puede adquirir experiencia sólida y bien arraigada sobre el cuidado de los niños si no es madre. He aquí lo que yo he visto numerosas veces:

Vivía una señorita de edad regular en el hogar de una hermana suya, madre de numerosos hijos. No hacía más que nacer cada uno de ellos e inmediatamente pasaban al cuidado inteligentísimo de aquella excelente persona en quien encontraba una madre cuidadosa. Uno por uno fueron cuidados con esmero por aquella señorita ejemplar y los chiquillos habían llegado a preferir en su cariño a aquella segunda madre que los cuidaba. Pero he aquí que desaparece la ver-

dadera madre y aquella señorita siguió desempeñando su papel salvador. Pero llegó el día en que aquella buena mujer había de casarse a su vez y cuando sobrevino el solemne momento de verse entre los brazos un pequeño ser propio, verdadero hijo, carne de su carne, aquella experimentada señora que tanto debía haber aprendido con el cuidado de sus sobrinos, que habían sido para ella verdaderos hijos, nada sabía de cuanto hay que saber respecto al cuidado de los niños pequeños. La ternura, las zozobras terribles del cariño maternal le habían arrancado toda la Puericultura práctica ejercida años antes en la serenidad de la soltería.

He visto enfermeras diestras en el arte de cuidar a los niños en los hospitales infantiles, desesperarse y llorar ante un problema sencillo de la higiene de su hijo.

¿Qué es este extraño fenómeno que arranca toda experiencia y mata todo juicio cuando más serenidad se necesita y más sabiduría se ha menester?

Es el amor que con sus tempestades de emoción despedaza el conocimiento, aniega los campos de la memoria y pone ante los ojos, cuando no la lente de aumento de las lágrimas, la venda espesa de la duda y la desesperación.

Por eso, lo que persigue la ciencia moderna, esto es, la generalización de los conocimientos de la Puericultura racional, no deja de tener ante sí enormes obstáculos que vencer. No es posible preparar a nadie que no tenga un vivo interés en el niño, para que se adiestre en el cuidado que necesita la infancia. Las consideraciones elevadas del progreso de la raza, del decoro nacional, de la caridad bien entendida, de la higiene científica, salen sobrando para el ánimo de los espíritus no interesados en cuidar cuando menos un niño.

Y a lo que debe tenderse, a mi manera de ver en esta materia, no es a hacer de cada mujer un haz de conocimientos que la hagan adelantarse mentalmente a sus sagrados deberes de la maternidad, sino a sustituir los malos preceptos por los buenos, a arrancar con rigor los prejuicios malsanos que degüellan a los niños; a suplantar el refrán de la frase nociva con un refrán y una frase que se grave profundamente en el corazón de las madres.

Todo lo que una mujer, o un hombre también, aprenda en la serenidad de una cátedra de su colegio en las horas plácidas de la niñez o la juventud, precisamente por tratarse de conocimientos, será borrado por la primera racha de emoción que ruja sobre el espíritu acongojado por la ternura temerosa.

Y lo que no se siembra sobre surcos preparados por el sentimiento, lo que no se graba sobre carne de sus propias entrañas y a costa de sangre

del propio corazón, se evaporará de un soplo y vendrán a ocupar el sitio de los preceptos útiles, los consejos y los malos juicios de la Puericultura popular, de la única Puericultura que en las horas de la tempestad se encuentra a la mano del desamparado.

## ENFEMEDADES EN LOS NIÑOS RECIEN NACIDOS

Diremos, en primer lugar, dos palabras sobre la ictericia de los recién nacidos. Puede asegurarse que ochenta bebés, sobre cada ciento, presentan, en el momento de nacer, lo que se domina ictericia sanguínea. La piel es, entonces, de color amarillo anaranjado, más bien color amarillento de origen hepático; pero permaneciendo, por lo demás todo su estado general en excelentes condiciones.

Muy a menudo no es posible advertir esta anomalía de la piel sino al apoyar un dedo con bastante fuerza sobre ella, como para producir una mancha blanca, la que, precisamente, en vez de ser blanca, resulta de color amarillo anaranjado.

Esta clase de ictericia no asume gravedad alguna y pasa por sí misma.

En cambio, si la piel y los ojos se viesen de color amarillo de limón, la orina de color oscuro, las deposiciones decoloradas trataríase entonces de una verdadera ictericia de origen biliar lo que significa una enfermedad bastante grave.

Y únicamente el médico podría indicar el tratamiento apropiado y que, por lo general, consistiría en una dieta hídrica, o bien de leche rebajada con agua pura; fermentos lácteos, lavajes intestinales con agua ligeramente salada, etcétera.

El primer signo que permitirá advertir la vuelta a la normalidad será el retorno del color de las deposiciones.

La coloración amarillenta de los ojos desaparecerá más tardíamente.

## DESTETE

Durante un año, la leche de la madre ha nutrido admirablemente al niño; pero hay que pensar en que después de esta edad la criatura necesita otra clase de comida y que ha llegado la época del "destete", lo que hay que hacer

poco a poco, es decir, dándole el pecho y a determinadas horas el biberón con leche fresca de vaca o con leche evaporada. Si al cabo de 15 ó 20 días no ha tenido ningún trastorno digestivo el niño, ya no habrá peligro de quitarle completamente la leche de la madre. El modo de escoger el alimento artificial debe ser aconsejado siempre por el médico o por la obstétrica; pero la preparación material del alimento tendrá que hacerla personalmente la madre para que no por "pereza" o por descuido se vaya a perjudicar a la criatura. Es una pésima costumbre darle al niño en esta época algunos alimentos como pan duro, cabezas de cebolla o huesos de pollo para que se "rasque" las encías o para que se enseñe a morder; la naturaleza es la encargada de esto y no hay necesidad de enfermar al niño con este malísimo procedimiento.

### ALIMENTACION DESPUES DEL DESTETE

Desde los 6 ó 7 meses, es bueno darle al niño, jugo de naranja o de tomate muy bien colado", comenzando por una o dos cucharaditas diariamente y conforme vaya creciendo, ahumentar la dosis hasta que se tome ocho o diez cucharaditas cafeteras. Al año ya puede tomar caldo desgrasado, sopas ligeras de pasta, purés de verduras o de legumbres; naturalmente que no va a tomar todo esto en junto, sino que, poco a poco, todos los días, se le dará algo de dichos alimentos. El caldo será de pollo o de ternera y al agua y a la carne habrá que agregarle arroz, zanahoria y cebada perla; habrá que dárselo bien colado y por ningún motivo se le pondrá col o coliflor. La sopa puede ser de arroz muy bien cocido o de pastas pero sin freírlas. Los purés podrán ser de lentejas, de chícharos, de espinacas o de manzanas, pero teniendo cuidado de colarlos bien para que el niño no vaya a comerse las cáscaras o pellejos. También puede tomar caldo de frijoles de la "olla", es decir, que no se obtenga de frijoles que estén fritos. Cada tres o cuatro días, se le puede aumentar la cantidad siempre que le caiga bien al niño y que no le aparezcan ronchas en el cuerpo. Jamás debe dárselos carne a los niños hasta que ya les hayan "brotado" los comillos y en general toda la alimentación

hay que irle graduando de acuerdo con los dientes que vayan apareciendo; por ejemplo, cuando ya tenga los dientes de adelante, no hay inconveniente en darle pan blando frío o tostado. Cuando el niño ya sepa masticar, se le puede dar tortilla; el maíz es muy bueno para el desarrollo de las criaturas. El niño también tiene necesidad de beber para aplacar su sed; solamente se le dará, agua hervida y a la temperatura ordinaria. El que le da pulque a un niño comete un horrible crimen, porque aparte de que esa bebida es sucia, asquerosa y peligrosísima, puede enfermarlo, y esto será el principio de la embrutecedora costumbre que a tantos de nuestros hermanos tienen sumidos en la ignorancia, en la pereza y en el crimen.

### VIGILANCIA DEL NIÑO

Todo lo que se refiere a la comida del niño, deberá hacerse con limpieza y cuidado; es preferible que la madre aparezca hasta "chocante", por lo cuidadosa y no que por su desidia, ella misma mate a su hijo. Desde el segundo año de vida de la criatura, hay que imponerle la costumbre de que antes de comer se lave las manitas y que haga lo mismo después de comer, para que se quite la grasa de los labios y se limpie la boca y los dientes; la madre con un algodoncito mojado y con sal, se forrará un dedo y le tallará los dientes; sólo así, en el curso de su vida el niño tendrá ya la costumbre de lavarse los dientes ya que hemos visto lo indispensable que son para la buena digestión, y en general, para la salud.

Es un disparate creer que junto con la aparición de los dientes, se han de presentar "a fuerza" algunas enfermedades; lo que pasa es que, como en esta época de la dentición es cuando el niño comienza a comer algo, las indigestiones, los cólicos y las "deposiciones" se deben a la mala alimentación y no a la aparición de los dientes. A los 6 ó 7 meses "brotan" los dos delanteros de abajo; algunas semanas después, aparecen los dos delanteros de arriba; al cumplir el año casi siempre el niño tiene ya los laterales de abajo; entre los 15 y los 18 meses nacen las cuatro primeras muelas y entre los 20 y los 24 meses aparecen los colmillos. Si

según estos datos aproximados, se retrasan los dientes para nacer, hay que decírselo al médico.

En los tres primeros meses de edad el niño sólo puede estar acostado; después de ese tiempo ya puede estar sentado y a los ocho meses ya le es fácil "enderezarse", y a los pocos días ya podrá comenzar a "gatear". Al año seguramente podrá pararse sin ayuda de nadie y hará sus "solitos" y dará los primeros pasos. Esto que causa tanto gusto a los padres, no hay que anticiparlo obligando a la criatura a que lo haga antes de tiempo, pues muchas veces aun no tiene fuerzas en las piernitas y puede caerse. Al medio año, también comienza a decir algunas palabras sencillas como "tata", "mamá" "papá", etc.; pero si esto se retardase más de año y medio, obliga a los padres a consultarlo con el médico.

Cuánto entristece ver a un niño de 1 ó 2 años, formal y sericito, sin deseos de jugar y sentado en una silla; esa quietud indica claramente que el niño está enfermo, o cuando menos, mal alimentado. Procuremos que la vida de estas criaturas sea toda actividad; gritos, juegos, travesuras, carreras inmotivadas, todo, todo eso tiende a desarrollarlos. Naturalmente que hay que vigilarlos y evitarles el peligro; no dejarlos solos en la orilla de los ríos o de lagunas o de los pozos, ni en un lugar alto donde haya escaleras, ni cerca de los braseros ni de las lámparas de petróleo o de gasolina, ni junto a los animales llamados "domésticos". Hay que dejarlos en libertad para que no se críen "enclenques", enfermizos o cobardes, pero siempre evitándoles peligros ya que su inexperiencia no los ayudaría a vencerlos.

## HABITOS

En esta edad en que todo queda grabado para el resto de la vida, hay que empezar a inculcarles los buenos hábitos, sobre todo, de higiene; antes de comer debe lavarse el niño las manos; después de los alimentos debe lavarse sus dientes ya sea con un cepillo o bien que su mamá se los limpie con el algodón como antes ya se explicó; procurar que ande bien peinado y siempre, en todo tiempo, con el pelo cortito; esos bucles y rizos que a muchas madres les encantan

son casi siempre albergue de piojos o de mugre; bañarlos todos los días; cortarles a menudo las uñas de las manos y de los pies; cambiarles seguido la ropa interior y obligarlos a que siempre usen zapatos y calcetines, sobre todo en el campo, porque si están descalzos se exponen a infinidad de enfermedades; que siempre duerman solos y a la misma hora, que en su habitación no haya "veladoras" ni flores ni animales de ninguna especie; que su vestido esté adecuado al clima y a la época del año; a muchos niños les gusta comer tierra; con energía debe evitárseles este hábito tan peligroso ya que en la tierra hay muchos microbios, aparte de huevecillos de gusanos, y de lombrices, que el entrar en su organismo les producirá muchas enfermedades, siendo medio muy sencillo para quitarles esa costumbre, lo mismo que la de meterse los dedos a la boca, ponerles las manos dentro de unas bolsas de lienzo. En fin, que practiquen todos los consejos generales de higiene que hemos dado anteriormente, puesto que esta edad es la más apropiada para que el niño aprenda muchas cosas que serán la base de su salud y de su felicidad.

## JUGUETES

Hay que vigilar mucho los juguetes de los niños; por costumbre que tienen de meterse todo en la boca, no hay que darles objetos puntiagudos o filosos, ni aquellos que por ser muy chicos pudieran tragárselos o metérselos en la nariz o en las orejas; tampoco hay que darles juguetes de vidrio o chucherías que estén pintadas, pues algunas son venenosas, las sonajas y los muñecos de celuloide son los juguetes más convenientes para las criaturas de pecho.

## EDAD ESCOLAR

La llamada edad escolar es la comprendida entre los 7 y los 12 años; en esta época hay que seguir insistiendo en las costumbres de higiene enseñadas al niño en su primera infancia; aseo de las manos antes de comer, aseo de los dientes tres veces al día, después de las comidas y sobre todo después de la cena, aseo y peinado de la cabeza, aseo de los pies y baño diario. Se enseñará a los niños a que tomen sus alimentos

a horas fijas, se les prohibirá la pésima costumbre de tomar "antojitos", comprados en la calle donde están expuestos al polvo, a las moscas y a la suciedad de los vendedores; inculcarles horror por esos refrescos, también llenos de polvo y hechos con agua sucia, pintada con sustancias que son dañosas y enfriada con el hielo que siempre está hecho con agua llena de impurezas.

### HIGIENE ESCOLAR

Como una consecuencia del aumento de alumnos en las escuelas, se han tenido que improvisar para este fin, muchos locales defectuosos y como no debe olvidarse que la escuela es el segundo hogar del niño, debe reunir todas las condiciones de higiene y de comodidad; amplitud en relación a la cantidad de alumnos, buena orientación, así como ventilación e iluminación. La mejor orientación de los salones de clase es la sureste que permite la mejor iluminación, la ventilación más adecuada y la uniformidad en la temperatura; la iluminación en los salones de clase ha de ser lateral y suficiente para que se pueda leer con facilidad un libro a 30 centímetros de distancia; la iluminación debe ser de preferencia del lado izquierdo o cuando menos debe ser mayor de este lado; ojalá que las ventanas pudieran tener vidrios esmerilados para que la iluminación fuera uniforme.

La ventilación en los salones de clase debe tener las condiciones siguientes: que el aire se renueve constantemente, que la cantidad de él, esté en relación con el número de alumnos y que no haya corrientes que enfríen bruscamente la temperatura. Los mejores pupitres son los que sirven sólo para un alumno, para que el niño tenga libertad en sus movimientos y esté más cómodo; la altura de estos pupitres debe estar en relación con la estatura del niño de tal manera que ni sea bajito, pues tendría que estar encogido y agachado, ni muy grande, pues las piernas le quedarían colgando. Los libros deben tener letra clara y grande para que los alumnos puedan leer con facilidad; el papel de los libros ha de ser opaco y blanco para que el reflejo no lastime los ojos. El niño para hacer sus apuntes debe usar siempre papel y nunca las pizarras que al ser borradas con saliva guardan millones de micro-

bios. Respecto a los lápices y las plumas, hay que evitar que los niños tengan la mala costumbre de metérselos en la boca y de limpiarlos en su traje. Las paredes de los salones de clase deben ser pintados de verde, de azul o de amarillo, pero procurando que no sean brillantes. Los pisos deben ser de madera para evitar los enfriamientos. En los salones de clase siempre debe haber mucha limpieza; después de las labores deben abrirse las puertas y ventanas para que la ventilación sea perfecta.

En la edad escolar el niño está en pleno desarrollo y hay necesidad de vigilar, sobre todo el cerebro de las criaturas para evitarles el cansancio mental, como consecuencia de una costumbre, por desgracia, muy extendida, de que los maestros les dejen tareas para que las hagan los niños en su casa y fuera de las horas de clase. Las materias para las que se necesita más esfuerzo mental, deben estudiarse en las primeras horas de la mañana. Después de las horas de clase los niños deben practicar los deportes que a la vez que de distracción les sirve de ejercicio; los mejores deportes son aquellos en que se ejercitan todos los músculos del cuerpo; el beisbol, el basketbol el juego de pelota a mano y la natación, son los más recomendables; no obstante las ventajas de hacer ejercicio el médico escolar, después de examinar a cada niño, dirá cuales alumnos pueden dedicarse a los deportes y cuales no.

---

### El Dolor

"Es el gran maestro", sostiene Anatole France; "el compañero necesario de todo exceso", observa otro escritor y, según Quevedo, el "afecto privilegiado".

"Sustraerse de él—declara Napoleón—es abandonar el campo de batalla sin lucha".

Para Alfredo de Musset "nada engrandece más que un gran dolor". Y "hasta ennoblece a los más vulgares".

Es la única verdad irrefutable — opina Lamartine. — No hay ninguna metáfora — añade — que diga lo que han expresado nuestros padres y lo que repetirán nuestros hijos: Mundo sembrado de cenizas y lágrimas".

Lemontey escribe: "Nuestros dolores son siglos, y nuestros placeres, relámpagos".

# RECETAS DE COCINA

por *Digna Casal de Solari*



## Posta de res a la moda de Haití

Se cogen 3 libras de posta de res, se lavan muy bien y se secan. En el fondo de una cacerola se ponen tiritas de tocino con sal y pimienta, en seguida se coge una libra de cebollas cortadas en ruedas y se ponen encima y una libra de tomates pelados y sin semillas, encima se pone la carne condimentada con sal y pimienta, se tapa y se cocina a fuego lento durante unas 4 horas sin agregarle agua, dándole vuelta para que se cocine por todos lados y hasta que esté suave. Se sirve partida en tajaditas y cubriéndola con la salsa. Si no está bien suave, se le agrega un poco de caldo para que quede salsa.

## Piña en sorpresa

Se coge una piña grande y bien madura, se le corta la parte de arriba con todo y las hojas, para que después esto sirva de tapa. Se le introduce un cuchillo largo y delgado a un centímetro de la cáscara y del fondo se le da vuelta al cuchillo para sacar la parte carnosa.

Luego con la carne de piña, rallada y colada, se hacen unos helados con sirope, cuando están bien cortados se echan en la cáscara de la piña, se le pone la tapa y se sirve. También puede rellenarse la piña con una buena ensalada de frutas, con bananos, fresas la piña picada, naranja picada, papaya, azucaradas al gusto, un poquito de vainilla o un licor. Se rellena la cáscara de la piña hasta los tres cuartos de su altura y encima se echan helados de vainilla.

## Pierna de venado

La pierna del venado debe tenerse tres días en el siguiente adobo. Se le pone suficiente vinagre, sal, pimienta en granito majados, unas cebollas, y zanahorias cortadas en ruedas; el vinagre debe cubrir el cuarto del venado; a los tres días se escurre bien y se le introducen peda-

chos de tocino, se coloca en un platón que resista el fuego, por encima se le pone suficiente manteca y se mete al horno, bañándolo a menudo con la misma manteca hirviendo para que se cocine por todos lados.

Aparte se pone a derretir una cucharada de mantequilla y en ella se fríe una cebolla finamente picada, se retira del fuego, se le agrega una cucharada de harina, una de vinagre, sal, pimienta y caldo hirviendo, se vuelve a poner en el fuego meneándola constantemente hasta que hierva bien. Se pone en baño de maría. Cuando la pierna de venado está bien cocinada y dorada, se escurre bien, se coloca en un platón y se adorna con montoncitos de puré de papas que se ponen en forma de piruchitos y se hacen con la bolsa y el embudo de adornar queques. Se necesitan doce minutos de fuego por cada libra de venado.

En la sartén que se cocinó el venado se echa un cucharón de agua caliente y con un tenedor se raspa bien, se deja hervir un rato, se prueba para saber si tiene buen gusto, se cuele y se echa en la salsa que se tiene en baño maría, con esta salsa se sirve la carne de venado.

## Crema espumosa

Se baten 4 yemas de huevos con 125 gramos de azúcar en polvo, cuando está bien batido se le agrega un cuarto de litro de leche hirviendo y se pone al fuego meneándola constantemente hasta que empieza a hervir, se retira del fuego y se le agregan 10 hojitas de gelatina que anticipadamente se han puesto a remojar en agua fría, bien exprimidas. Esta crema se deja enfriar, sin cortarse; se bate un vaso de crema de leche fresca, cuando está espumosa se echa en la preparación anterior, se mezcla despacio y se pone en un molde untado de mantequilla y adornado con pedacitos de frutas azucaradas y se pone en la nevera durante 2 horas para que se enfríe bien. Se saca del molde, y se sirve con una crema de leche fría.